

Historia antigua del Próximo Oriente

Mesopotamia y Egipto

Joaquín Sanmartín

José Miguel Serrano



Libro I

EL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO MESOPOTAMIA Y SUS ÁREAS DE INFLUENCIA

Joaquín Sanmartín Ascaso



VIII

Historia de la antigua Mesopotamia

FASE II (-2000-609):
EL NEOCLASICISMO
BABILÓNICO.

B: ÉPOCA SEMÍTICA MEDIA
(-1000-609)

Tras la desaparición de los estados periféricos hittita (hurríta [↑ VII.2.2]) e hitita [↑ VII.2.1; VII.2.3], y mientras sucumben las ciudades-estado sirias del Bronce Tardío, el centro de gravedad internacional vuelve, en el s. XII, a Mesopotamia.

Tampoco aquí es la historia una continuidad sin cesuras. La documentación nos habla de nuevas poblaciones que se hacen notar también por la acción de una nueva ola lingüística, y que imponen un nuevo estilo político de una fuerte conciencia clásica. Estos pueblos, que a lo largo del I milenio a.C. irán dominando progresivamente todo el Próximo Oriente, son los *arameos*, que marcan el comienzo de lo que llamamos *época semítica media* [↑ II.6.1.2]. La irrupción y expansión de los pueblos arameos está acompañada, y al principio contrarrestada, por el resurgimiento de *grandes estados* con vocación imperial: *Asiria*, en el norte, y luego, en el sur, *Babilonia*.

Datos	Cronología
<i>Asiria III: Época Neoasiria</i>	-XI-609
Imperialismo asirio (Salmanasar V)	-726-722
El imperio como modelo estatal Reorganización provincial (Sargón II (Asurbánipal)	-722-705 -668-627
Estado de Urartu en Armenia Primeros textos arameos Destrucción de Nínive (medos)	-612
<i>Babilonia III: Dinastía Caldea</i> Imperialismo babilónico	-625-539

Tensiones con Egipto (Nabucodonosor II)		-604-560)
<i>Babilonia IV: dominación persa</i>		-538-331
Conquista de Babilonia (Ciro II)		-539 -538-530)
Conquista de Egipto (Darío I)		-525 -521-486)
(Darío II)		-423-405)
Reorganización provincial (satrapías)		
Rebeliones en Babilonia y Egipto	desde	-500
Conflictos con poblaciones griegas	desde	-490
Rebelión en Sidón (Fenicia)		-354
<i>Israel:</i>		
«Israelitas» en Canaán		-XIII
Pueblos del Mar (Filisteos)		
Estela de Merenptah	ca.	-1208
<i>Reino unido de Israel y Judá</i>		-XI-X
Reino de David	ca.	-1010-971
Reino de Salomón		-971-931
Partición del reino		-931
<i>Reino del Norte: Israel (Samaria)</i>		-931-722/721
Dinastía davídica		-931-884
Dinastía omrida		-881-841
Inestabilidad	desde	-841
Conquista asiria de Samaria		-722/721
<i>Reino del Sur: Judá (Jerusalén)</i>		-931-586
Dinastía davídica		-931-586
Conquista babilónica de Jerusalén		-586

Tabla 16. Cronología de la época semítica media

VIII.I. MESOPOTAMIA EN LA ÉPOCA SEMÍTICA MEDIA

VIII.I.I. El norte mesopotámico: Asiria III, Época Neoasiria (-IX-609)

El ocaso de los estados hurritas había permitido ya a los reyes asirios del s. -XIII ir recobrando el dominio de la Mesopotamia superior, conquistando también partes de Siria y del sur babilónico. No obstante, la presión ejercida por los clanes arameos a finales del II milenio a.C. y comienzos del I supuso un recorte del poder asirio y, con ello, el bloqueo de las caravanas hacia el Mediterráneo.

VIII.I.I.I. El Imperio Neoasirio: política internacional expansionista

El estado *neoasirio* surgió para contrarrestar estos clanes *arameos* en el oeste sirio, y para recuperar los mercados de materias primas en el norte anatólico (Cilicia) y en el Cáucaso. Aquí el problema no lo creaban los arameos, sino un auténtico estado,

Urartu, que desde el s. -IX realizaba una política decididamente expansionista en dirección a Siria, y que pronto entró en conflicto con los asirios. Éstos llevaron a cabo varias expediciones contra este estado, sin poder llegar a someterlo totalmente (Salvini, 1995).

Pese a algunos reveses y al obstáculo que suponía la mera existencia de *Urartu*, la decidida política de expansión de los monarcas asirios llevó a la conquista de casi toda el Asia Anterior bajo Asurnásirpal II (-883-859) y Salmanasar III (-858-824). También Babilonia quedó sometida, y cuatro reyes asirios llegaron a ocupar el trono babilónico: primero Tiglat-piléser III y Salmanasar V, y luego, tras la rebelión del jeque caldeo Marduk-apla-iddina (en la Biblia: Merodac-Baladán), Sargón II y Senaquerib [↑ VIII.1.2.1]. Sin embargo, el dominio asirio no fue aceptado en Babilonia; las revueltas y sublevaciones de los clanes arameos (*caldeos*), alentados por Elam, fueron frecuentes y cuajaron en la ascensión del jeque caldeo Marduk-apla-iddina II (Merodac Baladán) al trono babilónico en dos ocasiones, una de ellas durante doce años, desde -721 hasta -710 [↑ VIII.1.2.2].

Con el auxilio de tecnología bélica avanzada y de la caballería, los monarcas asirios repitieron año tras año expediciones de conquista que los llevaron hasta Anatolia y Egipto (Asurbánipal -668-627). Los territorios conquistados fueron sometidos a gobernadores asirios o a reyezuelos vasallos del poder asirio, con las consiguientes cargas tributarias; en caso de revuelta, se procedía a la deportación masiva de la población. El reino de *Israel-Samaria* cayó en 721.

El imperialismo asirio se inspiró en gran medida en la antigua dinastía de Akkad, que –fundada por un primer Sargón– había marcado el último cuarto del III milenio a.C. [↑ VI.2.1]: así lo prueban tanto el nombre del rey asirio más emblemático, que se llamó también *Sargón* (II), como la gran estima demostrada en la corte asiria por las viejas tradiciones acadias, cuidadosamente copiadas y conservadas en sus bibliotecas. De hecho, los monarcas asirios mejoraron el ejemplo acadio, sobre todo en lo que respecta a la administración regional del imperio, llevando a cabo en las zonas ocupadas o sometidas a su influencia una política enérgica. Por lo general, los asirios fueron más amigos de pactar las condiciones con sus nuevos súbditos que de aniquilarlos, sobre todo por obvias razones económicas; de ahí la rica documentación diplomática de la época, que nos ha legado numerosos ejemplares de *tratados internacionales* suscritos entre los monarcas asirios y sus vasallos. Es evidente que estos *pactos de vasallaje* [↑ VII.2.1; VII.2.3] fueron aceptados siempre bajo la amenaza de las divisiones asirias, y de hecho los monarcas asirios no dudaron nunca en recurrir a métodos más radicales para imponer sus condiciones.

Ello no obstante, en la cancillería asiria primó siempre la política sobre la violencia; los diseñadores de las crueles escenas de guerra y castigo esculpidas en los relieves de los palacios asirios de Nimrud (la antigua Kalhu) o de Nínive [↑ VIII.1.1.2], que se van alternando con escenas de caza o actos piadosos del rey, no eran fotografías de guerra sino funcionarios de la corte al servicio de la propaganda real.

VIII.1.1.2. Política cultural neoasiria

Las riquezas provenientes del botín y de los numerosos tributos cobrados de las poblaciones sometidas fueron causa de un rápido enriquecimiento de la corte y las

oligarquías asirias, lo que conllevó un repentino florecimiento de las artes y de la literatura palaciegas.

En *arquitectura y urbanismo* hay que mencionar, sobre todo, los grandes complejos palaciegos de Kalhu, Nínive y, especialmente, Dur-Šarrukin, obra de Sargón II (-721-705). Los palacios asirios solían estar divididos en dos grandes ámbitos, el sector público y el sector privado, unidos por el salón de trono. La decoración consistía en pinturas al fresco, conos esmaltados empotrados en la pared y sobre todo en *esculturas*, principalmente relieves de alabastro policromado (*ortostatos*) en que se representaban escenas de la vida cortesana o de guerra. Muy típicas de esta época son así mismo las enormes esculturas llamadas *lamassu*, figuras mixtas de toro alado o león con cabeza humana, que flanqueaban las puertas y representaban fuerzas divinas tutelares del palacio.

También la *literatura* experimentó un gran auge, aunque no produjo obras nuevas de relieve; la labor de los escribas fue más bien de tipo enciclopedista, de recogida y colección –por orden real– de todas las composiciones clásicas de la literatura mesopotámica, tanto en el campo de la narrativa como de la ciencia. En Nínive se ha excavado la *biblioteca* del rey Asurbánipal (-668-627), excelente colección de más de 20.000 tablillas que contenían todo el saber tradicional babilónico. Una importante sección de esta biblioteca palaciega se dedicaba a la literatura adivinatoria [↑ I.2.2.1; III.2.2.1], que era consultada por los consejeros reales cada vez que se quería emprender un proyecto político interior o internacional; abundaban así mismo los rituales mágicos, destinados sobre todo a la purificación y sacralización del monarca [↑ II.5.4.1].

Los fundamentos políticos y administrativos del imperio asirio fueron los inspiradores directos del imperio persa [↑ VIII.1.3.2]. Todo ello, a su vez, se convirtió en el modelo imperial imitado por Alejandro III Magno, sin duda la figura ideal del gobernante helenístico [↑ IX.1.1] y de los imperialismos romano y, luego, medieval (Jacobsen, 1957).

Las desavenencias internas minaron pronto la estructura estatal; Asiria sufrió los ataques de los *medos*, montañeses iraníes [↑ VIII.1.2.2; VIII.1.3], para acabar cayendo en manos de su principal rival y víctima: Babilonia.

VIII.1.2. El sur mesopotámico: Babilonia III, Época Neobabilónica (siglos -vii y -vi)

VIII.1.2.1. Babilonia bajo poder asirio

Tras la época casita, y a pesar de la instauración de una dinastía autóctona –la llamada *II dinastía de Isín*– en ca. -1155, Babilonia seguía representando un papel insignificante en la política internacional. Durante tres siglos, toda su actuación se limitó a intentar el mantenimiento de un equilibrio precario con los asirios, meta que se consiguió, al menos en parte, hasta que ascendió al trono asirio Šamši-Adad V (ca. -823-811); a partir de estas fechas, y durante los reinados del mismo Šamši-Adad V y sus sucesores en trono asirio, la presión asiria sobre Babilonia fue muy fuerte.

Los monarcas asirios terminaron por reclamar sus derechos al trono babilónico y llegaron a ocuparlo en repetidas ocasiones. Primero fueron Tiglat-pilésér III (desde -728 hasta -727) y Salmanasar V durante todo su reinado (-726-722). Esta

llaron entonces en Babilonia una serie de revueltas alentadas por el jeque *caldeo* (arameo) Marduk-apla-iddina II (Merodac-Baladán), erigido en campeón de la independencia babilónica; tras la primera –pero no definitiva– derrota de éste, volvieron a ocupar el trono babilónico los monarcas asirios Sargón II (desde -709 hasta -705) y Senaquerib (desde -704 hasta -703), siendo de nuevo el caldeo Marduk-apla-iddina quien les sucedió, aunque por sólo nueve meses, en -703.

VIII.1.2.2. Instauración de la Dinastía Caldea

La continua presión que había ejercido Asiria sobre Babilonia y las efímeras ocupaciones del trono babilónico por monarcas asirios habían llevado a Babilonia a más de tres siglos de revueltas y descontento. La inseguridad general que producían las repetidas incursiones de elamitas, asirios y clanes arameos condujo a la decadencia de las ciudades. La población urbana se fue desplazando hacia el medio rural, eligiendo formas de vida menos sedentarias, lo que conllevó el aumento de los sectores desarraigados y marginales. Ello no obstante, el nivel cultural se mantuvo alto, refugiado en la tradición escolar; los escribas siguieron gozando de un alto prestigio. Fruto de su actividad son, aparte de la abundantísima producción y copia de tablillas estrictamente científicas –medicina, astronomía, matemáticas–, obras literarias como la llamada «Teodicea Babilónica» y la «Epopéya de Erra».

A la larga, la prepotente actitud asiria terminaría por volverse contra sus mismos intereses. Los clanes arameos meridionales, de cuya profunda actitud antiasiria había dado el caldeo Marduk-apla-iddina una buena prueba, apoyaron decididamente la destrucción del imperio asirio a manos de los *medos*. Un jeque *caldeo*, Nabopalasar, que había comenzado su carrera política como vasallo feudal de los asirios, se alió con los *medos* –montañeses iraníes tradicionalmente enemigos de Asiria–, ascendió al trono de Babilonia en -625 y conquistó en alianza con aquéllos la capital asiria, Nínive, poniendo fin al imperio neoasirio. Desde entonces, desaparecida Asiria para siempre, las dos esferas de influencia serían los *medos*, en el norte, y Babilonia, en el sur, con absoluta preeminencia de ésta.

El caldeo Nabopalasar fue el fundador de la poderosa pero efímera *dinastía neobabilónica*. Su monarca más representativo fue el sucesor de Nabopalasar, *Nabucodonosor II* (-604-562), excelente político y gran militar: se aseguró la paz en el flanco norte casándose con una princesa *meda*, y sometió luego toda Mesopotamia norte y central, Siria, Anatolia y Palestina. La capital del minúsculo reino de Judá, *Jerusalén*, fue tomada y saqueada por tropas babilónicas en dos ocasiones: en -597 y, definitivamente, en -586 [↑ VII.2.2]. En -570, el ejército babilónico invadió Egipto y exigió un sustancioso tributo al faraón para salir del país: Egipto tuvo que pagar 1.000 talentos de plata –un talento eran 30 kg–, 1.000 talentos de oro, 10.000 talentos de cobre, 1.000 talentos de estaño, 6.000 lingotes de cinc y diversas cantidades de tejidos de lujo (lana y púrpura).

La extensión del imperio neobabilónico bajo Nabucodonosor II fue todavía mayor que la que habían alcanzado los dominios neoasirios un siglo antes.

VIII.1.2.3. Babilonia, s. -vi: la capital del mundo

Babilonia, la capital de Nabucodonosor, se convirtió en una enorme metrópoli, rica en palacios, templos y diversas instalaciones urbanísticas [↑ Figura 13]: jardi-

nes colgantes, la vía procesional, la *puerta de Ištar* y la gran *ziqurratu* o torre escalonada llamada *Etemenanki* «Casa del Fundamento del Cielo y la Tierra», y que había de pasar a la mitología bíblica con el nombre de *torre de Babel*, de unos 90 m de altura y siete pisos.

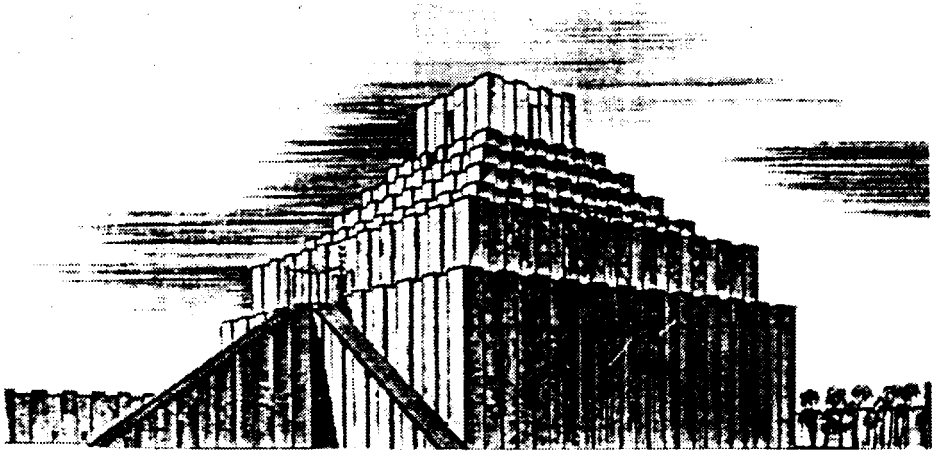


Figura 13. Reconstrucción de la *ziqurratu* babilónica («Torre de Babel») según E. Siegler (Schmid, 1990: 335)

La religión, y muy en especial la religión astral, debieron de desempeñar un papel preponderante en la ciudad: una tablilla cuneiforme –bastante anterior a Nabucodonosor II– hace un listado del conjunto de edificios de la ciudad [↑ Texto 54] en el que abundan los templos y santuarios.

Texto 54:

- 43 templos de los grandes dioses en el interior de Babilonia;
- 55 santuarios del dios Marduk;
- 2 murallas; 3 ríos (: canales); 8 puertas;
- 24 calles de Babilonia;
- 300 santuarios de los dioses Igigi y 600 santuarios de los dioses Annunaki;
- 180 altares de la diosa Ištar;
- 180 altares del dios Adad-Lugalgirra y de Nergal-Meslamtea;
- 12 altares de las divinas Pléyades;
- 6 altares del dios Kūbu;
- 4 altares del Arco iris;
- 2 altares del dios maligno;
- 2 altares del Guardián de la Ciudad

(De la serie cuneiforme *Tintir* = *Babylon*, V, 82-88; George, 1990: 371)

Babilonia había sido –desde la época de Hammurapi a comienzos del II milenio a.C.– el punto de referencia para toda el Próximo Oriente asiático, y en espe-

cial para Asiria, su dueña en lo político pero su discípula en lo cultural. En tiempos de Nabucodonosor, la ciudad alcanzó su mayor esplendor [↑ Figura 14], convirtiéndose el centro político y cultural del mundo antiguo (Pettinato, 1994); ello coincidió con la apoteosis de su dios, Marduk, en cuyo honor se había compuesto unos siglos antes el «Mito de la Creación» en lengua acadia. En el plano científico, tuvo lugar un llamativo progreso de las ciencias matemáticas (cálculo aritmético y algebraico, geometría y topografía) y, sobre todo, de la astronomía aplicada (astrología).

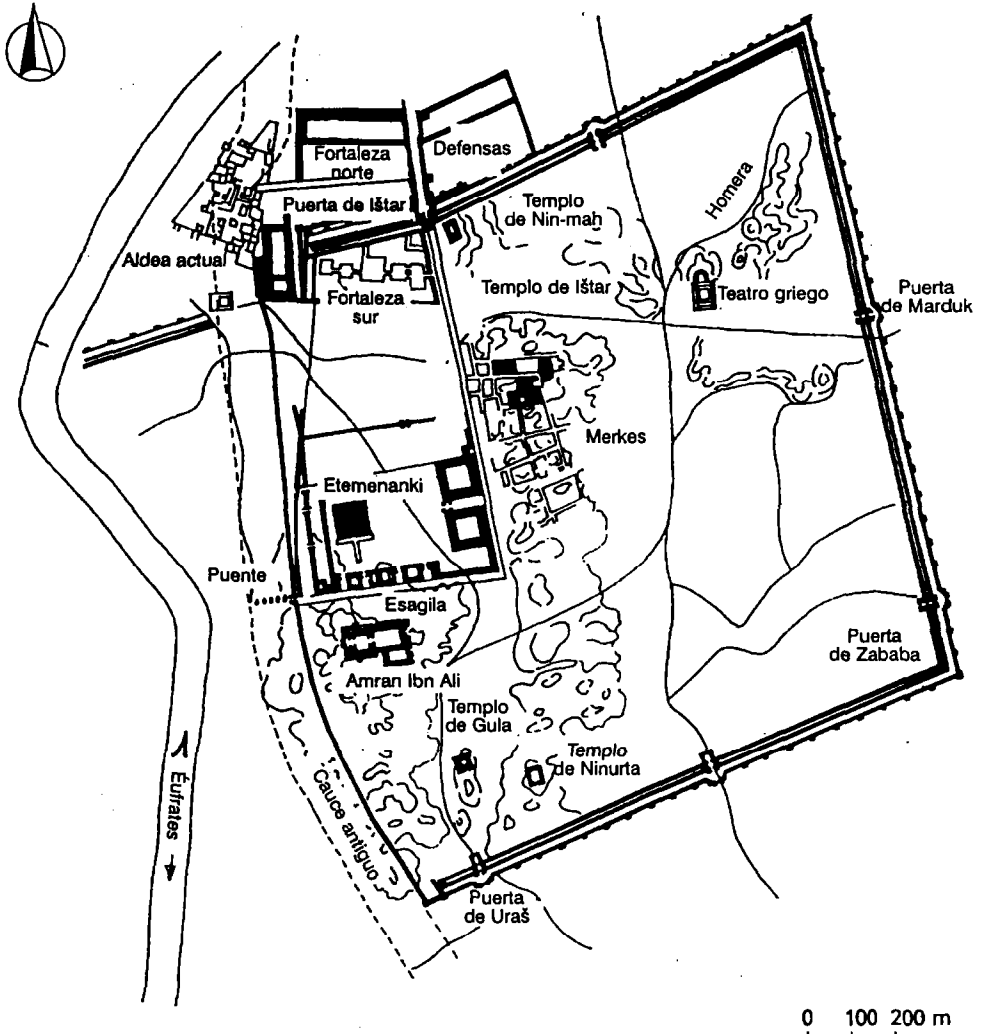


Figura 14. El centro urbano de Babilonia (Klengel, 1989: 404)

El texto mencionado más arriba [↑ Texto 54] comienza con una serie de 51 «nombres» (títulos) sumerios de Babilonia y su traducción acadia. Los nombres son un himno a la ciudad y muestran la mitificación de Babilonia a los ojos de sus mis-

mos habitantes [↑ Texto 55]; la estructura del texto recuerda a la lista de los «cincuenta nombres de Marduk», el dios babilónico. He aquí algunos de estos nombres:

Texto 55:

- | | |
|-----------------|---|
| (1) Babilonia: | a quien se concedió la gloria y la alegría; |
| (2) Babilonia: | sede de la fertilidad; |
| (3) Babilonia: | sede de la vida; |
| (4) Babilonia: | poder del cielo; |
| (5) Babilonia: | luz del cielo; |
| (6) Babilonia: | lazo del cielo; |
| (7) Babilonia: | llamada a la existencia por el cielo; |
| (8) Babilonia: | ciudad de viejas murallas; |
| (9) Babilonia: | ciudad del júbilo; |
| (...) | |
| (12) Babilonia: | ciudad del rey de los dioses; |
| (13) Babilonia: | ciudad llamada a la existencia por Marduk; |
| (14) Babilonia: | ciudad cuyas excelencias nunca cansan; |
| (15) Babilonia: | ciudad que hace que la gente viva en paz; |
| (16) Babilonia: | ciudad amante de la verdad; |
| (...) | |
| (49) Babilonia: | la ciudad pura; |
| (50) Babilonia: | la ciudad de ricas posesiones; |
| (51) Babilonia: | el lazo de los países |

(De la serie cuneiforme *Tintir* = *Babylon*, I, 1-51; George, 1990: 358 ss.)

VIII.1.2.4. Clericalización de Babilonia y fin de la Dinastía Caldea

A la muerte de Nabucodonosor, la cultura política y las decisiones de gobierno pasaron a manos de las castas sacerdotales de los grandes templos babilónicos, que habían visto acrecentarse su prestigio y estaban por lo general más atentos a los intereses de los propios templos que a los del estado babilónico.

Nabónido, el «rey loco», fue el último monarca neobabilónico. El final de su reinado estuvo acompañado de circunstancias extrañas; las intrigas palaciegas y la presión de los grandes sacerdotes de Marduk se cebaron en el monarca, mientras él se dedicaba a fomentar devociones poco ortodoxas: quiso promover el culto del viejo dios lunar Sín, común a todas las poblaciones semíticas y mucho más universalista que el del babilonio Marduk, con el propósito de crear en Babilonia una conciencia general de resistencia ante la avalancha irania que se anunciaba ya desde el este. El rey, de mente abierta, se dirigió con un ejército a Arabia y trató de ganarse a los jeques locales para el bloque babilónico, a la vez que buscaba nuevos mercados para su ciudad y se aseguraba una ruta alternativa a la del Golfo, ya en manos persas. Esta ausencia agravó la campaña de desprestigio, que estaba dirigida por el poderoso templo de Marduk y era fomentada desde lejos por los persas. El pueblo comenzó por despreciarlo y terminó por odiarlo.

Cuando el rey persa Ciro se presentó ante Babilonia, se le aclamó como a un libertador de los santuarios despreciados y arrinconados por Nabónido. En -539, Ciro ascendió al trono babilónico, aclamado como mesías salvador. Ya no habría en

adelante más babilonios en el trono de Babilonia; sin embargo, la ciudad y la cultura que ella representaba no estaban muertas.

VIII.1.3. Babilonia IV. La dominación persa (-538-331)

Durante el II milenio a.C., algunos grupos *arios* se establecieron en la meseta iránica; los *medos* y los *persas* eran dos de ellos. La meseta occidental iránica, en relación constante con las zonas asirias y elamitas, había sido dominio medo —con capital en Ecbatana (Hamadán)— desde el s. -VIII; entre sus súbditos se encontraban ciertos clanes persas. Culturalmente, Irán era una región en la que convergían y se mezclaban corrientes culturales de procedencia diversa, pero fueron especialmente los patrones mesopotámicos e iránicos antiguos los que conformaron su personalidad.

VIII.1.3.1. Los persas y el mazdeísmo

La peculiaridad cultural más llamativa de los persas era su religión, el *mazdeísmo*, nombre derivado del dios *Ormuz* (en iranio antiguo *Áhura Mazda* «Señor Sabio»). Era una religión de tipología salvífica, con tendencias dualistas, en la que el principio bueno —*Áhura Mazda*— estaba en permanente conflicto con el principio malo, personificado en la figura del dios negativo *Ahrimán* (iranio antiguo: *Ángra Mainyu* «Espíritu Malo»). El fundador y propagador de la religión mazdeísta había sido *Zoroastro*, que vivió en fechas imprecisas entre -1000 y -600; su doctrina, llamada también «zoroastrismo», se había ido extendiendo entre las clases altas y las castas sacerdotales iránias.

Los complejos palaciales persas de *Pasargada*, *Persépolis* y *Susa*, en los que se funden elementos egipcios, griegos y, sobre todo, mesopotámicos, serían con el tiempo buena muestra de la apertura cultural de las elites persas y de su capacidad de síntesis; en el arte, mucho más sobrio que el griego y algo monótono, queda perfectamente expresada la conciencia de poder y majestad de los soberanos, así como cierta serenidad derivada en última instancia de la ideología y de la ética universalista zoroástrica.

VIII.1.3.2. La expansión persa en Asia y la tentación de Europa

En el s. -VI, el clan persa *aqueménida* se hizo con el control del imperio medo y, bajo el mando de *Ciro II*, inició una decidida política expansionista hacia el oeste: *Ciro* conquistó Babilonia en -539, poniendo fin a la desprestigiada dinastía neobabilónica (caldea).

La expansión persa en Asia Anterior se había dirigido ya antes contra Anatolia, donde *Ciro II* controlaba Lidia desde -546. El sucesor de *Ciro II*, *Cambises* (-529-522) conquistó Egipto en -525. Con el tiempo, el imperio persa abarcó desde la Bactria y la Sogdiana, en Asia Central, hasta el sur de Arabia, y desde el Indo hasta Egipto y Anatolia. El paso hacia el Egeo y hacia Europa parecía inminente.

Tras un período de confusión a la muerte de *Cambises*, subió al trono persa *Darío I* (-521-486), un político que dedicó su largo reinado a estabilizar y organizar el imperio. Dividió los extensos territorios en 20 provincias (*satrapías*, del medo *hšathrapávan* «lugarteniente»), poniendo a su frente a nobles y a parientes o miembros de la familia real. Los clanes medos y persas ocuparon las capas socia-

les altas, pero su espíritu elitista los aisló de las poblaciones autóctonas; por otra parte, la administración aqueménida respetó los niveles inferiores de la administración local, por lo que no se produjo una persificación profunda del Asia Anterior.

En -513, Darío I pasó a Europa, en una campaña militar que recorrió la cuenca baja del Danubio, Tracia y Macedonia; Tracia se convirtió en provincia del imperio persa. Ello provocó la reacción de las ciudades griegas, que culminó en la contraofensiva macedónica y luego panhelénica de Alejandro Magno.

VIII.1.3.3. Dinastía aqueménida en Babilonia (-538-331)

Al tomar el poder en Babilonia en -539, el aqueménida Ciro II había tenido buen cuidado en ganarse el favor de los sacerdotes de Marduk, enemigos de Nabónido; la región babilónica recibió favorablemente al nuevo monarca [↑ VIII.1.2.4], que se consideró a sí mismo, no un usurpador o conquistador, sino sucesor legítimo de los reyes babilónicos; así lo confiesa el rey en el llamado «cilindro de Ciro», redactado en acadio babilónico [↑ Texto 56].

Texto 56:

Yo soy Ciro, el rey del universo, el gran rey, el rey poderoso, rey de Babilonia, rey de Súmer y Akkad, rey de las Cuatro Regiones, hijo de Cambises (...), de la semilla eterna de la realeza, cuyo gobierno prefirieron los dioses Bel y Nabu y cuyo reinado quisieron ellos para alegrarse el corazón.

Cuando entré en son de paz en Babilonia, instalé mi trono entre gritos de alegría y júbilo en el palacio real (...); mis innumerables tropas desfilaron en paz en Babilonia, y no permití que ningún alborotador surgiera en el país de Súmer y Akkad.

Yo me cuidé del bienestar de Babilonia y sus santuarios; a los habitantes de Babilonia, sojuzgados contra la voluntad de los dioses por un jugo que no merecían [...], les dejé reposar de su agotamiento (...).

De todo ello se alegró Marduk, el gran señor; a mí, el rey que le venera, y a Cambises, mi hijo, y a mis tropas todas, me impartió su graciosa bendición (...).

Por mandato del dios, todos los reyes que tienen tronos, procedentes de las Cuatro Regiones, desde el Mar Superior (Mediterráneo) hasta el Inferior (Golfo Pérsico), todos los reyes de Amurru—que viven en tiendas— (...) me trajeron su pesado tributo y besaron en Babilonia mis pies...

(Del «Cilindro de Ciro», 20-30; Borger, 1985a)

Aparte de las medidas más llamativas de tipo gerencial y político, como el establecimiento de una satrapía y la consiguiente disolución de las estructuras estatales caldeas en Babilonia, medidas que afectaban sólo a los estratos superiores de la administración, la época persa no supuso, culturalmente, un cambio radical de los esquemas simbólicos babilónicos que habían regido durante la dinastía caldea. La cultura religiosa babilónica no quedó afectada por las creencias de las clases dirigentes aqueménidas, que profesaban un zoroastrismo muy contaminado de antiguas creencias iránias (arias). Tanto Ciro II como Darío I comprendieron que la religión era un componente esencial del macrosistema simbólico babilónico, y les permitieron a los habitantes de la región y su urbe el desarrollo normal del culto. Los templos babilónicos de época aqueménida eran los mismos que en la época neobabiló-

nica y no se diferenciaban de ellos en el aspecto ni en su función; muchos de ellos –como el famoso Esagila de Marduk– habrían de seguir en uso en la época helenística. Es más, la política general aqueménida fue por lo general partidaria de mantener y restaurar los grandes santuarios babilónicos.

Esta política de entendimiento se interrumpió cuando el sucesor de Darío, Jerjes I (-485-465), reprimió una sublevación babilónica en -482; el rey mandó retirar del Esagila la estatua del dios Marduk y destruir las *ziqurratu* de Babilonia y Borsippa, una ciudad vecina. Ello supuso un grave deterioro de las relaciones entre las oligarquías persas y la masa babilónica, que se vio privada de la posibilidad de celebrar sus fiestas, en especial la gran fiesta primaveral del *Akītu* o «Año Nuevo». Veinte años más tarde, Artajerjes I (-464-424) les permitió a los sacerdotes de Marduk reanudar el culto y les devolvió las propiedades conquistadas. Una novedad de la política persa fue que los templos, que –como grandes terratenientes [↑ II.1.2]– siempre habían desempeñado un importante papel en la vida económica y política en Mesopotamia, tuvieron que limitar sus actividades y, por primera vez, pagar impuestos.

VIII.1.3.4. La cultura bajo la dominación persa: Época Babilónica Tardía

La población babilónica estaba muy mezclada, como correspondía a una gran urbe oriental; además de los babilonios autóctonos había gentes de origen iranio, sirio, judío y egipcio. Todos ellos hablaban mayoritariamente en la vida diaria dialectos arameos; de hecho, el arameo fue la lengua franca del imperio persa y la lengua oficial de la administración. El acadio sólo se mantenía como lengua de cultura y comercial de las elites babilonias, y el persa sólo se usaba en las esferas de la clase política irania.

La documentación babilónica de época aqueménida es semítica; en la escritura se alternan ya la escritura cuneiforme sobre tablillas de arcilla (textos acadios) y la escritura alfabética sobre papiro, pergamino u otros materiales (textos arameos). El alfabeto se fue imponiendo poco a poco: el aprendizaje de una veintena de signos era más sencillo que el de los centenares de logogramas y silabogramas cuneiformes. En persa, que tenía un signario cuneiforme muy simplificado, sólo se redactaron las inscripciones oficiales, acompañadas siempre de la versión acadia y, ocasionalmente, de otra elamita; la más importante de estas inscripciones es la de Darío I en Behistun [↑ I.4.1; I.4.2.1: A; Texto 9].

Babilonia, que formaba parte de la IX satrapía, era una provincia rica, y se convirtió en la perla del imperio, a juzgar por la cuantía del tributo que había de pagar. Bajo el dominio aqueménida, la urbe siguió desempeñando brillantemente su papel de matriz cultural y próspero centro económico, aunque no en la medida en que lo había hecho bajo los monarcas caldeos. Hay indicios de cierta decadencia urbanística. El historiador griego Heródoto (ca. -485-425) no menciona sino una de las dos líneas de muralla que rodeaban la ciudad de Nabucodonosor, lo que indica que la exterior había desaparecido; además, el río Éufrates cambió su curso y se abrió un nuevo cauce que dañó algunos barrios situados al este de la acrópolis (la zona del llamado *Kasr*: «Alcázar» en el dialecto árabe actual). Sin embargo, las mismas descripciones de Heródoto rezuman admiración por la pompa y la riqueza de la ciudad bajo dominio persa.

La importancia económica y simbólica de Babilonia no se le escaparía a Alejandro Magno, que, en su día, querría convertir la ciudad en la capital de su imperio y del mundo.

VIII.2. EL LEVANTE MEDITERRÁNEO EN LA ÉPOCA SEMÍTICA MEDIA

A finales del II milenio, el único papel de las regiones de la Siria interior era girar en torno a los intereses de Asiria, aunque algunos clanes *arameos* consiguieron establecer núcleos de poder relativamente estable. Estos estados tenían un carácter nuevo; la estructura política dominante no era ya la de la ciudad estado del Bronce, sino la del *estado territorial* más o menos extenso, de fuerte componente *étnico* –a menudo ficticio y mítico– y gobernado por un rey cuya dinastía era de extracción tribal.

Los reinos arameos más importantes fueron los de Hama y Damasco, en permanente lucha con las fuerzas asirias, que terminaron por imponerse. No obstante la potencia política y militar asiria, sería el arameo (lengua) y lo arameo (cultura) los que saldrían a la larga vencedores. La lengua aramea, un dialecto semítico emparentado genéticamente con el fenicio y el hebreo, terminaría por ser, con rarísimas excepciones, la lengua de uso general en el Próximo Oriente asiático; luego, en la época helenística, convivió y compitió con el griego como lenguaje de cultura; las capas bajas, más resistentes a la helenización, siguieron hablando arameo hasta la arabización general de finales del I milenio d.C. (comienzo de la época neosemítica).

VIII.2.1. Fenicia

La costa siro-libanesa no parece haber sufrido en profundidad los embates de los pueblos del mar [↑ VII.3.3.2]; en todo caso, la tradición cultural, ejemplificada por el uso ininterumpido del alfabeto lineal [↑ VII.3.2], sigue y se enriquece en la primera mitad del I milenio a.C. La población más activa se concentra en puertos naturales e islotes de fácil defensa y, a la vez, accesibles a las naves de cabotaje.

Cuando se reanuda la historia tras la época oscura de finales del Bronce, constatamos la pervivencia en la costa libanesa y siria de una constelación de ciudades estado, independientes entre sí y a menudo rivales, dedicadas al comercio y al transporte internacional por vía marítima: los núcleos más importantes son las viejas ciudades de Tiro, Sidón y Biblos, todas ellas ya para entonces con historias milenarias. Los griegos llamaron a estas poblaciones «fenicios» (*phoinikes*), por razones poco claras; quizás por un juego de palabras con la denominación griega de «púrpura» (*phoīniks*), de cuya producción y comercialización tenían los «fenicios» la exclusiva.

VIII.2.1.1. La actividad comercial fenicia en el Mediterráneo oriental

Las ciudades de la costa fenicia constituyen un dato atípico dentro del panorama político e ideológico del Próximo Oriente asiático en el I milenio a.C.: son ciudades estado de escasa extensión territorial, independientes, multiétnicas, pluriculturales, de débil base monárquica y gobernadas en realidad por senados o grupos de presión oligárquicos; en muchos sentidos están más cerca de las ciudades estado

griegas, o de las viejas ciudades estado del Bronce Tardío (Ugarit), que de sus vecinos arameos o sus coetáneos mesopotámicos.

Las firmas comerciales de estas ciudades estado fenicias recorrieron las costas chipriotas, costas egeas y del sur mediterráneo fundando colonias, es decir, almacenes y centros de intercambio comercial. La púrpura, el vino, el aceite y, en especial, la madera de las coníferas libanesas fueron mercancías apreciadas en Egipto, el Asia Anterior, Asiria y Babilonia.

En torno al s. -IX, los griegos y otros pueblos del Mediterráneo oriental adoptaron el uso del alfabeto linear fenicio. Los griegos lo adecuaron a las exigencias funcionales de su lengua, lo que condujo a la creación de un *alfabeto griego*; éste fue a su vez la matriz de los alfabetos latino y cirílico. También los arameos adoptaron –sin modificarlo– el viejo alfabeto linear fenicio; desde el interior de Siria, este alfabeto arameo se extendió por Asia y fue el modelo de todos los alfabetos caucásicos y orientales, hasta la India.

VIII.2.1.2. Colonias fenicias en el occidente mediterráneo: Cartago

Hacia el oeste, y en torno al -1000, las naves fenicias habían alcanzado Sicilia, el Magreb mediterráneo y las costas atlánticas del África occidental marroquí y el sur de la Península Ibérica, remontando la actual costa portuguesa. Una base muy importante de estas rutas de cabotaje occidentales fue –desde comienzos del I milenio a.C.– Cádiz; otras colonias, o bases, del sur de la Península Ibérica fueron Adra, Málaga y Almuñécar. Las casas matrices en Tiro, Sidón, Biblos, etc., parecen haber gozado de una salud empresarial excelente durante toda la primera mitad del I milenio a.C., pese a algunos problemas debidos a la presión y ocupación asiria, y la interrupción ocasional del comercio hacia el Éufrates y Egipto.

En torno al s. -IX/VIII, ciertos grupos de presión de Tiro con problemas en su metrópoli (la *qart*, o «villa») fundaron una nueva colonia en una península cercana a la actual ciudad de Túnez, a la que llamaron *qarthadašt*, o «Villa-Nueva» (*Karchedon* en griego y, luego, *Carthago* en latín). A partir de ca. -600, Cartago extendió su influjo por todo el sur mediterráneo, controlando el comercio y la política de las regiones costeras norteafricanas, sicilianas e hispanas; en la Península Ibérica, la presión cartaginesa se extendió hasta el interior de la Meseta. Cartago fue un importante exportador de modelos de vida y de ideología oriental en el Mediterráneo, sobre todo hasta los siglos -IV/III, época en que las capas dirigentes quedaron profundamente helenizadas.

VIII.2.2. Israel-Judá

Tras la época oscura que siguió al final de la cultura del Bronce, y en la que desempeñaron cierto papel los pueblos del mar, la región siro-palestina aparece desmembrada en una serie de minúsculos estados territoriales. En la costa, un grupo descendiente del grupo *plšt* de los pueblos del mar [↑ VII.3.3.2] había constituido desde el s. -XI una confederación de cinco ciudades estado *filisteas* que se mantuvo hasta la conquista asiria. Por otra parte, en las zonas montañosas cisjordanas, cierto número de clanes se agrupaban en dos sectores con bases en los montes de *Efraín* y *Judá*; al este del Jordán, otras tribus se articulaban en torno a tres núcleos: *Ammón*, *Moab* y *Edom*.

Estos cinco sectores interiores tenían mucho en común. Sus dialectos eran muy semejantes, lo mismo que las estructuras sociales: estaban gobernados por jeques —o «reyes»— relativamente débiles y muy sometidos a las oligarquías locales, es decir, a las macrofamilias y clanes arraigados en los ambientes rurales y de claras tendencias centrifugas. El componente *étnico* —es decir, la conciencia de pertenencia a un grupo con un supuesto o real antepasado u origen común— era la base más sólida de la ideología estatal. En correspondencia con todo ello, también en el plano religioso se constata, en todas estas sociedades, una fuerte tendencia al culto a los antepasados y al dios del propio clan.

VIII.2.2.1. «Israel» y la «Tierra Prometida»

Los sectores montañoses al oeste del Jordán, pastores y campesinos habitantes de las llamadas «montañas de Efraín» y, un poco más al sur, de las de «Judá», se presentan en la historia con una etiqueta común: *Israel*.

Los orígenes de este nombre y de este grupo son oscuros; es muy probable, pero no seguro, que aparezca mencionado, con el nombre de «Yasirel», en una estela egipcia del faraón Merenptah a finales del s. -XIII, como un clan sin territorio fijo [↑ Texto 57].

Texto 57:

Los jeques se prosternan y gritan «shalom» (: paz)

(...)

Libia está destrozada,

Hatti, en paz;

Canaán ha sido saqueada de un modo terrible,

Askalón ha sido conquistada y Guézer capturada.

Yanuammu se ha convertido en algo inexistente,

«Yasirel» (: ¿Israel?) está yermo y no tiene semilla,

y el País Hurrita se ha convertido en viuda (por mano) del Amado País (: Egipto).

(De la Estela de Merenptah, 27 s.; Helck, 1971: 224; Kaplony-Heckel, 1985: 552)

Los *hebreos*, otro de los nombres empleados por los pueblos vecinos para designar a Israel, guardan cierta conexión con algunas de las bandas de *habirū* que actuaban en Siria y Palestina en la época de Amarna [↑ VII.3.2]; al menos las denominaciones «*habirū*» y «hebreo» parecen estar relacionadas etimológicamente con el verbo semita «*abāru*» «pasar la frontera, escaparse» [↑ II.6.1.3]. Todo indica que el grupo llamado más tarde Israel fue en sus orígenes una entidad no urbanizada, al menos en parte, que poblaba las zonas altas de Palestina —los «montes de Efraín y Judá»— en la época de descomposición de la cultura del Bronce, a finales del II milenio a.C. «Israel» es —en la ideología de estas «tribus»— el nombre del *antepasado común*. Íntimamente unido a este factor étnico se encuentra el factor religioso: todos los grupos israelitas comparten el culto al dios tribal *Yahwéh*.

Los datos de que disponemos no permiten más conclusiones de carácter histórico que las ya expresadas. La *Biblia*, uno de los monumentos literarios más bellos —y más sorprendentemente vivos— de la historia de la humanidad, abunda en relatos

sobre la «historia» de Israel, pero estas narraciones son producto de la visión religiosa de sus autores y de la comunidad a la que estaban destinadas, y carecen por ello básicamente de fiabilidad histórica. Así, las tradiciones bíblicas sobre los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, la promesa divina de que un día poseerían esa tierra, la estancia de los doce hijos de Jacob y sus familias en Egipto, el éxodo bajo Moisés, el paso del Mar Rojo, la autorrevelación del dios nacional *Yahwéh* en el monte Sinaí y la promulgación de la «Ley», la entrada en Palestina –la «tierra que mana leche y miel»– bajo Josué y la conquista relámpago de la «*tierra prometida*» son más expresión de la fe de un pueblo que testimonios históricos.

Se trata, además, de tradiciones inverificables, surgidas, recogidas o redactadas muchos siglos más tarde; su codificación en la forma actual –la Biblia– se realizó en torno al s. -VI o V y es obra de grupos sacerdotales ligados al templo de Jerusalén. La finalidad de estos relatos es probar los derechos divinos –por promesa– de Israel a ocupar «su» tierra.

VIII.2.2.2. Los reinos históricos de Israel y Judá

Si se exceptúan los dos datos –creencia en un antepasado común y fe en un dios clánico–, ambos grupos, Efraín, o tribus del norte, y Judá, las tribus del sur, tenían personalidades políticas, culturales y hasta lingüísticas diferentes, dentro de la esencial uniformidad del ámbito siro-palestino al que pertenecían juntamente con Amón, Moab y Edom.

De hecho, las historias políticas de Israel y Judá no son convergentes, ni siquiera paralelas; en ocasiones, las diferencias entre ambos desembocaron en hostilidades y guerras declaradas. Los grupos efraimitas y judaítas –norte y sur– sólo convivieron bajo la *unión personal* de David y su hijo Salomón (s. -X); a la muerte de este último, los dos sectores recuperaron para siempre su personalidad política y se constituyeron en reinos independientes.

El reino del norte retuvo el viejo nombre de *Israel*, siendo su capital *Samaria*. Tuvo una breve y agitada historia, iluminada ocasionalmente por la figura de algunos *profetas* –Elías, Amós y Oseas– empeñados en salvar las esencias morales y religiosas populares. Israel cayó en manos asirias en -722/721, y su población fue deportada [↑ VIII.1.1.1].

El reino del sur, *Judá*, fue más estable, debido en parte a la fortísima ideología dinástica –la «casa de David»– enraizada en la corte de *Jerusalén*, y en parte también a su situación geográficamente marginal. A la caída del norte –Israel–, Judá se salvó aceptando el vasallaje asirio; para librarse de él, buscó en seguida la alianza con Egipto, lo que le valió un primer asedio asirio en -701, en tiempos del profeta *Isaías*. La reticencia a someterse al poder alternante de los estados mesopotámicos o egipcio –atestiguada por el profeta *Jeremías*– y su equivocada política de alianzas provocó la catástrofe final: en -597 Judá fue declarado protectorado babilónico; en -586, las tropas babilonias de Nabucodonosor II entraron en Jerusalén, pusieron fin al estado de Judá y deportaron a las clases dirigentes a Babilonia [↑ VIII.1.2.2]. Con ello terminó la historia política de Judá, lo que quedaba del viejo Israel, y comenzó la historia religiosa e ideológica del judaísmo.

La pérdida de la estatalidad y, sobre todo, la destrucción del templo de Jerusalén pusieron en marcha potentísimos mecanismos reivindicativos del derecho a la tie-

rra prometida, aglutinando al pueblo —el pueblo de Yahwéh— en torno a esta idea; la Biblia es el primer producto de esta ideología.

VIII.3. BIBLIOGRAFÍA

Consúltense los capítulos correspondientes de la *Cambridge Ancient History* y Cassin-Bottéro-Vercoutter, 1993a; además, véanse Roux, 1990, caps. 17-25 y Liverani, 1995, partes quinta y sexta, pp. 493 ss., con bibliografía. Para la documentación histórica neosiria es imprescindible Schramm, 1972; el material de las inscripciones reales está publicado en Grayson, 1991 y 1996; para la dimensión económica del imperio, véase Postgate, 1970; la documentación palaciega neosiria se está editando íntegramente en Helsinki, en la colección *State Archives of Assyria*, bajo la dirección de S. Parpola. Sobre la cultura urartea, el estado de Urartu y sus luchas con Asiria, véase Salvini, 1995. Hay una excelente descripción de Babilonia en época caldea y su papel en la cultura en Pettinato, 1994. La época persa está estudiada en Dandamaev, 1989; Dandamaev-Lukonin, 1990, y Briant, 1996; véase así mismo Stolper, 1985; sobre el zoroastrismo, véanse los trabajos reunidos en Schlerath, 1970 y Boyce, 1982. Sobre los fenicios, véanse Moscati, 1979; Garbini, 1980, y Harden, 1985; para las colonias occidentales, Bunnens, 1979 y Aubet, 1996; para un estado general de la cuestión fenopúnica y temas relacionados con la Península Ibérica son muy útiles los dos volúmenes *Aula Orientalis* 3, 1985, y 4, 1986. Las mejores historias críticas de Israel son Noth, 1966 y De Vaux, 1975; ambos pueden completarse con Lemche, 1988.

Libro II

EL EGIPTO FARAÓNICO

José Miguel Serrano

VII

El Imperio Nuevo

(DINASTÍAS XVIII-XX.
1539-1075 a.C.)

Con el Imperio Nuevo entramos en uno de los más brillantes y atractivos períodos de la historia de Egipto, que ha sido y es objeto constante de interés y estudio, y que se ha considerado representativo y típico, de forma quizás un tanto excesiva, de lo que fue y significó la civilización egipcia en su conjunto. A ello contribuye decisivamente el que sea sin duda un período de expansión, que disfruta de una coyuntura positiva en lo político y en lo económico, y que culturalmente manifestó una innegable vitalidad y nervio. En el Imperio Nuevo entran en escena algunas de las personalidades más estudiadas y conocidas, no sólo en los ámbitos académicos, sino también entre el público culto en general, como Ajenaton, Ramsés II o el propio Tutanjamón. Además se trata de los tiempos en los que, aunque de forma todavía imprecisa, se ha de situar el Éxodo, lo que inevitablemente comporta fuertes evocaciones e imágenes para nosotros, hombres de una cultura occidental que, no lo olvidemos, tiene en las tradiciones clásica y bíblica (ambas con fuertes lazos filiales con el Próximo Oriente en general) sus más destacadas raíces.

El Imperio Nuevo es, además, un período relativamente bien documentado, abundantemente provisto de fuentes escritas o literarias y con una arqueología rica y significativa, en muchas ocasiones espectacular. Hay ciertamente importantes lagunas o desequilibrios en la documentación: cuestiones como la transmisión dinástica del poder y la legitimidad en la sucesión en el trono plantean muchos interrogantes, al igual que los inevitables problemas cronológicos; el protagonismo de la zona tebana hace que en general estén mal representadas en las fuentes otras zonas de Egipto. Pero no hay que olvidar que se trata de la gran época de la expansión imperial, de la conversión del estado egipcio en una de las grandes potencias del concierto de pueblos del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental. Tras la derrota y liquidación histórica de los hiksos, Egipto, como le sucedió a Grecia tras las Guerras Médicas y a los reinos hispanos tras la conquista de los estados islámicos peninsulares, se desbordó fuera de sus fronteras, hacia el norte y el sur, desempeñando por momentos el papel de líder de Oriente y volcando buena parte de sus energías en esta actividad imperialista, que es sin duda la gran marca de identidad del período.

VII.I. EVOLUCIÓN HISTÓRICO-POLÍTICA

VII.I.I. La Dinastía XVIII (1539-1295/1292 a.C.)

Tras la expulsión de los hiksos, que implicó ya una primera penetración en Palestina, Ahmosis continuó desarrollando una actividad bélica importante en Nubia, con el objetivo de asegurar la otra gran frontera natural de Egipto. La experiencia de Kamosis había puesto de manifiesto que la seguridad del país dependía en buena medida de una atención coordinada y consciente de cara a Asia, por un lado, y a África, por otro, y ésta fue una constante de la política exterior del período, que pocos faraones se atrevieron a desatender. Ahmosis llevó su acción más allá de la II Catarata, dañando seriamente a la civilización nubia de Kerma. Pero además tuvo que enfrentarse, y esto hay que resaltarlo, a una fuerte oposición interior que pudo haber tenido el aspecto de una confrontación civil. No todos los egipcios, en especial del Medio y Bajo Egipto, aceptaron al parecer con gusto al nuevo régimen y la nueva dinastía, máxime porque muchos de ellos, como vimos, hicieron causa común con los hiksos frente a los tebanos.

En cualquier caso, Ahmosis acabó por controlar la situación y a partir de ahí su reinado fue en general pacífico, obligado como estaba obviamente por la necesidad de reconstruir el país y de dotarlo de un gobierno y de una administración estable y eficaz. Situó en los puestos claves a hombres de confianza, provenientes del Alto Egipto, su tierra natal y donde contaba con las más firmes fidelidades. Se preocupó especialmente por la tierra y su explotación, base fundamental de la riqueza de Egipto, como demuestran la proliferación de personajes adscritos a puestos relacionados con la agricultura y el control de los campos; hay indicios de que realizó distribuciones de tierras, animado quizás por una voluntad de repoblar y rentabilizar las propiedades de los vencidos. La incipiente prosperidad se evidencia en la afluencia, de nuevo, de las materias primas tradicionales y en la apertura a un animado comercio exterior: madera de cedro, turquesa, lapislázuli, plata y oro, etc. Biblos vuelve a ser el emporio que canaliza buena parte de este tráfico, que posiblemente alcance zonas tan alejadas como el Egeo. La voluntad de reconstruir, de retomar la ancestral tradición de edificar templos a los dioses, se pone de manifiesto en la reapertura de las canteras de Turah, cerca de Menfis. Toda esta actividad reportó una buena imagen de Ahmosis, que a su muerte es recordado como fundador del Imperio y a quien incluso se le venerará y rendirá culto como a un dios en algunas zona del país (Abidos, por ejemplo).

Estrechamente asociadas con Ahmosis, y desempeñando un relevante papel en estos difíciles momentos iniciales de la Dinastía XVIII, aparecen una serie de mujeres de la familia real. Así, por ejemplo, Teti-Cheri, su abuela, que parece asistir a todo el proceso de expulsión de los hiksos; o Ahhotep, la madre de Ahmosis, que posiblemente desempeñó la regencia del país durante la minoría de este último. El tono con que se refieren a ella los documentos contemporáneos la presentan como una mujer enérgica y firme gobernante, imbuida del espíritu militar de la dinastía tebana en sus orígenes. Finalmente hay que mencionar a Nefertary, esposa de Ahmosis, primera en asumir el título de «Esposa del Dios (Amón)», cuya fama y celebridad fue tal que durante siglos se mantuvo vivo su culto, asociado a Aménofis I, quedando además como digno referente en algunas piezas literarias (por ejemplo, en el encabezamiento de *La sabiduría de Any*, de la Dinastía XVIII justamente). De

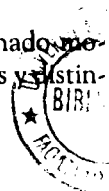
esta forma se inicia una secuencia de protagonistas femeninos, que no hay que entender simplemente como el fruto de la concurrencia de una serie de personalidades fuertes. Durante el Imperio Nuevo el papel de la reina, tradicionalmente importante como transmisora de legitimidad, se fortalece, como veremos, asociándose al culto de la divinidad principal Amón con el nuevo título de «Esposa del Dios». A ello se añade el que, con algunas excepciones, los soberanos de la Dinastía XVIII protagonizan reinados cortos, dejando a veces herederos aún jóvenes, lo que propiciará la asunción del poder por parte de la reina viuda y la práctica de la regencia (éste será el caso, por ejemplo, de Hatshepsut).

Los dos soberanos siguientes, Amenofis I y Tutmosis I, consolidan la recuperación del país y el establecimiento del imperio. El primero continúa en la línea de Ahmosis de atender más a cuestiones internas, en especial a la arquitectura, las bellas artes, la ciencia y la religión. Aun desconociéndose el emplazamiento de su sepulcro, es el primer faraón que separa su tumba de su templo funerario, inaugurando una práctica seguida en general por los soberanos del Imperio Nuevo. Posiblemente con Amenofis I se comience a trabajar en el Valle de los Reyes, en la orilla occidental del río a la altura de Tebas, lugar destinado a ser la gran necrópolis real del período, remontándose a él la fundación de la célebre ciudad de artesanos de Deir el Medinah, donde se le rendirá culto asociado a Nefertary. En cuanto a Tutmosis I, se trata sin duda de uno de los grandes conquistadores del período, cuya actuación responde ya plenamente a la imagen de soberano guerrero, agresivo y heroico, y que en este sentido sirve de referente en los reinados siguientes más de lo que normalmente se reconoce. Penetra profundamente en Nubia, completando la liquidación de la civilización de Kerma y estableciendo la frontera del dominio egipcio al sur de la IV Catarata. En Asia llega al «Gran Río», según algunos el Éufrates, aunque quizás sea más razonable identificarlo con el Orontes, en plena Siria (Vandersleyen, 1995, p. 260). Gran constructor, deja importantes vestigios arquitectónicos en el sagrado lugar de Karnak, en Tebas, pero, como él mismo dice, se trata ante todo de un faraón «que ha penetrado en valles desconocidos por los antepasados, que los portadores de la doble corona jamás habían visto».

A la muerte de Tutmosis I la evolución histórica característica de la Dinastía XVIII presenta un paréntesis protagonizado por Hatshepsut, una de las más destacadas figuras del período. Hija de Tutmosis I, parece ejercer ya una especial influencia durante el reinado de su esposo Tutmosis II. La desaparición prematura de este último le permite emprender su propia trayectoria como gobernante de Egipto, en principio como regente del nuevo soberano, Tutmosis III, aún joven y posiblemente inexperto. Una inscripción contemporánea describe muy bien la situación, por otra parte normal según las tradiciones egipcias:

Su hijo (Tutmosis III, entendido como heredero de Tutmosis II) fue instalado en su lugar como Rey de las Dos Tierras y reinó sobre el trono de aquel que lo había engendrado, en tanto que su hermana, la esposa del dios Hatshepsut, se ocupaba de los asuntos del país, las Dos Tierras bajo su mandato. Se aceptó su autoridad, permaneciendo el valle sumiso.

Lo realmente llamativo, sin embargo, es que a partir de un determinado momento Hatshepsut se arroga la dignidad faraónica, adoptando las insignias y asumiendo



tivos de la realeza y recibiendo toda la nomenclatura y títulos como si de un soberano más se tratara (bien es verdad que omite algún que otro epíteto que solía referirse al faraón, como «Toro Potente», que sin duda chocaba con la naturaleza femenina del nuevo titular del trono). Incluso la iconografía se adapta a la nueva situación. Además de insistirse en las estatuas de Hatshepsut-rey en los elementos faraónicos, se masculiniza su aspecto, atenuando hábilmente los elementos femeninos de su anatomía. Se trata nominalmente de una auténtica corregencia, en la que el país tiene dos soberanos, que muchas veces se representan juntos. Es interesante anotar que Tutmosis III aparece en general siendo objeto de respeto y consideración en la documentación de Hatshepsut, aunque sin duda el poder efectivo recaía en esta enérgica mujer. Así mismo hay que señalar que casi nada de esto es nuevo en Egipto: desde los comienzos de la historia se constatan casos de mujeres que desempeñan el ejercicio efectivo del poder real, asumiendo incluso títulos o privilegios reales (Merit-Neith, Nitocris, a finales de la Dinastía VI, Nefrusobek, a fines de la Dinastía XII, etc.); además, como hemos dicho, la Dinastía XVIII se caracteriza por la presencia de una serie de figuras femeninas fuertes que participan activamente en la historia de este período.

Quizás lo especial de Hatshepsut sea la ostentación tan clara que hace de su poder y la insistencia en su legítimo derecho al trono, asociándose a la figura de su padre. Así, hace construir una tumba para sí y para Tutmosis I en el Valle de los Reyes (en realidad la tumba más antigua que se conserva en esta necrópolis), donde ambos serían inhumados, juntos, en espléndidos sarcófagos de piedra, lo que constituye una novedad artística en la Dinastía XVIII. Su espectacular templo funerario, erigido en Deir el Bahari, estará dedicado a Hatshepsut, Tutmosis I y al dios Amón; en los relieves y textos que lo decoran aparece una de las mejores representaciones de la teogamia, que proclama a los cuatro vientos la filiación divina de la soberana, engendrada por el propio Amón, y por supuesto designada desde el principio por el dios y por Tutmosis I para el ejercicio de la realeza.

Está claro que sin apoyos importantes Hatshepsut no habría podido mantenerse, como lo hizo, más de 20 años en el trono. Entre sus más fieles colaboradores y partidarios, a los que habría que atribuir buena parte de los logros de su reinado, se encuentra Senmut, en quien se ha tratado de ver de forma un tanto excesiva a un amante de la reina y cuya meteórica carrera y favor posiblemente se deban a su carácter de instructor y tutor de la única hija de la soberana, Nefrure. Otros notables partidarios de la reina fueron el Sumo Sacerdote de Amón, Hapuseneb, quien sin duda le propició el apoyo del clero tebano y en definitiva del dios, y el canciller Nejesy, quien dirigió la célebre expedición al país del Punt, que constituye el acontecimiento más destacado de la política exterior de su reinado. Se ha insitado demasiado superficialmente en el pacifismo del reinado de Hatshepsut, atribuyéndolo en última instancia al carácter femenino de la soberana. Más bien hay que entender que las relaciones exteriores están estabilizadas y que no había necesidad de grandes empresas militares. De ahí que el gran acontecimiento digno de mención sea la ya citada expedición al Punt, máxime porque la propia soberana se encargó de dejar registro detallado de la misma en Deir el Bahari: a instancias del propio dios Amón, en forma de mandato oracular, se organiza una importante expedición marítima a este país africano de incierta localización pero que para los egipcios era sinónimo de

fortuna y abundancia, relacionado en especial con el incienso o mirra, fundamental para la liturgia y el culto. Al parecer, a través del Mar Rojo, la flota enviada por Hatshepsut alcanza el Punt, siendo recibidos amable y obsequiosamente por sus habitantes. El producto conseguido es el mejor exponente del éxito de la empresa: oro, marfil, ébano, pieles de leopardo, animales exóticos, y, por encima de todo, los árboles del incienso cuyo cuidadoso traslado en plántulas para ser aclimatados en Egipto se representa con todo detalle. La prosperidad del reinado de Hatshepsut se evidencia en su actividad constructiva, destacando los dos gigantescos obeliscos erigidos en Tebas, de nuevo en honor a Amón. En particular parece que centró buena parte de su actividad en el Bajo y Medio Egipto, zonas en general poco atendidas por los soberanos precedentes y cuyos templos, como la propia Hatshepsut dice, aún conservaban huellas del abandono y olvido de la época de los hiksos.

Después de, como señalamos, más de 20 años de gobierno Hatshepsut desaparece de la escena política, discutiéndose aún si ello se debió a su fallecimiento o si cedió voluntariamente el poder. En todo caso, se acusan algunas dificultades a finales de su reinado: inestabilidad en Siria, caída de algunos de sus más fieles partidarios (como el propio Senmut), etc. Fuese lo que fuese, Tutmosis III inicia por fin su reinado en solitario. No está claro si protagonizó o no una dura represión contra los partidarios de Hatshepsut, incluyendo una «maldición» de la soberana y de su recuerdo: es cierto que se ejecuta una *damnatio memoriae* y que sus monumentos sufren daños, pero ciertamente buena parte de los altos funcionarios continúan en sus puestos, y posiblemente el oscurecimiento de Hatshepsut y de su reinado pudo deberse más a una necesidad política, ideológica o religiosa, o simplemente de propaganda, que a un auténtico resentimiento.

A diferencia de su predecesora, Tutmosis III se vuelca en una actividad militar que incluso para el Imperio Nuevo tiene difícil parangón, consagrándole justamente como uno de los mayores conquistadores que jamás haya ocupado el trono egipcio. Además, en una voluntad literaria de conservar registro de los acontecimientos, que por otra parte es típica de su reinado, hizo que se grabara el relato de sus hazañas en el templo de Karnak, los célebres *Anales de Tutmosis III*. En ellos se describen las campañas que, año tras año, hasta un total que oscila entre 14 o 16 según los estudiosos, llevó a cabo en Asia. Particularmente detallada se presenta la primera campaña, que tiene como acontecimiento central el asedio y la toma de la fortaleza de Meggido, constituyendo un buen ejemplo de dramatización de los hechos históricos a mayor gloria del soberano, que es representado como audaz, clarividente y confiado en la protección de Amón y Re; frente a él los consejos y opiniones de su séquito, que actúa como interlocutor del faraón en el relato, acusan una prudencia y cautela que es presentada como temor, para resaltar aún más la valentía y fuerza del rey. La campaña del año 8 marca otro hito: Tutmosis III alcanza el norte de Siria, siguiendo el precedente de Tutmosis I, atraviesa posiblemente el Éufrates (?), y se enfrenta directamente a Mitanni, por entonces la gran potencia de la zona. El triunfo del Egipto imperial domina la documentación de su reinado, y su figura épica aparece en relatos y cuentos (*La toma de Joppa*) que pasaron a integrarse en el patrimonio cultural egipcio. Perfecto exponente es la célebre *Estela poética de Gebel Barkal*, en la que el propio dios Amón entona un cántico ritmado sobre el dominio victorioso y universal de Tutmosis III:

Yo he venido para hacer que pisotees a los que están en Asia / Y que golpees las cabezas de los Asiáticos de Retenu. / Hago que vean a tu majestad provista de (todas) las insignias / cuando tomas las armas de combate sobre el carro (de guerra). / Yo he venido para hacer que tú holles las tierras orientales, / Que aplastes a quienes están en la zona de la Tierra del Dios. / Hago que ellos vean a tu majestad como una estrella / que derrama su llama como fuego y trae su perfume. / Yo he venido para hacer que tú holles las tierras occidentales, / estando Keftiu e Isy llenos de respeto hacia ti. / Hago que ellos vean a tu majestad como un toro joven / de corazón resuelto y de cuernos afilados, que no puede ser atrapado. / Yo he venido para hacer que tu holles a los isleños, / en tanto que el país de Mitatnni tiembla por temor a ti. / Hago que ellos vean a tu majestad como un cocodrilo, / señor de temor en medio de las aguas, que no puede ser atacado. /... Yo he venido (para) hacer que tu holles Libia, / estando las islas de los Uchentiu sometidas a tu poder. / Hago que ellos vean a tu majestad como un (fiero) león, / en tanto que tú los conviertes en cadáveres en sus valles... (Trad. J. M. Serrano, 1993)

La imagen de este soberano no se agota con lo militar. Gran constructor, se dedicó fundamentalmente a enriquecer y ampliar el gran centro de Karnak. No en vano las fuentes ponen de manifiesto su piedad y especial relación con Amón, divinidad que según un texto que el propio Tutmosis III hace grabar, le distinguió anunciándole su brillante destino cuando aún no era más que un mozo que se formaba tutelado por el clero del dios; según esta historia, durante una procesión, las andas que llevaban la estatua de Amón se detuvieron a la altura del joven príncipe, señalándolo de forma especial, y auspiciándole así un glorioso futuro. No hay duda de que en esta tradición hay cierta voluntad en emular la fórmula de la «designación divina» en la que tanto había insistido Hatshepsut, pero también se trata de un tópico (el anuncio del dios a un príncipe de la casa real augurándole su ascenso al trono) que, como veremos, se repite en más de una ocasión en el Imperio Nuevo. Además de ello, Tutmosis III aparece como un soberano culto y letrado, preocupado por la ciencia y el conocimiento de una forma ciertamente llamativa. Así, hace grabar en Karnak una lista de reyes egipcios, reivindicados como los ancestros reales a los que se debe veneración, lo cual, aunque refleja un interés por el pasado, posiblemente tenga una justificación eminentemente religiosa y de consagración de su legitimidad. Manda elaborar una lista de plantas y animales observados en sus campañas asiáticas y se le reconoce así mismo un interés por la literatura y por el dibujo. La combinación de tales rasgos puede ayudar a comprender una cierta idealización apasionada que de su persona hicieron diversos egiptólogos, llegándose a proclamar que «incontestablemente fue el más grande faraón que jamás ocupara el trono de Egipto» (Hayes, en CAH, 1973, vol. II [1]).

Los sucesores inmediatos de Tutmosis III suponen quizás el momento más clásico y de prosperidad sostenida de todo el Imperio Nuevo. El estado se halla sólidamente asentado y la riqueza afluye desde Nubia y Asia. En esta estabilidad, sin embargo, estarán fraguándose, como veremos, los orígenes de cambios políticos e ideológicos que van a afectar al resto de la dinastía y que especialmente se van a poner de manifiesto en la época de El Amarna. Amenofis II será fiel continuador de su padre Tutmosis III; sus campañas asiáticas y sus enfrentamientos con Mitanni lo presentan de nuevo volcado en la política exterior. Personaje dotado de una gran

fortaleza física y destreza, se destacan sus hazañas como jinete, arquero o remero, no estando exento de una cierta crueldad. Así se recuerda que mató con su propia mano a varios príncipes asiáticos capturados, aunque bien es verdad que se trata de llevar a la práctica una de las imágenes más típicas del faraón y que más frecuentemente aparece en pinturas y relieves donde se le representa en el acto de masacrar a los enemigos vencidos.

El reinado de Tutmosis IV presenta, por el contrario, importantes cambios. El ascenso imparable de los hititas hace que Mitanni y Egipto, sintiéndose ambos amenazados, aproximen sus posiciones y lleguen finalmente a repartirse pacíficamente Siria y Palestina, iniciándose una fructífera amistad entre ambas casas reales, que incluyó el matrimonio del faraón con una hija del rey mitannio. Las influencias próximo-orientales, constantes en todo el Imperio Nuevo, se incrementan durante el reinado de Tutmosis IV, notándose sobre todo en cuestiones tales como el arte o las creencias y prácticas religiosas.

Más brillante si cabe se presenta el reinado, pacífico y prospero, de Amenofis III, uno de los más largos del período (38 o 39 años). Las relaciones con Asia son excelentes, basándose en la alianza con Mitanni, que enviará hasta dos princesas (*Gilujepa* y *Tadu-Jepa*) al harén real; las riquezas de Nubia, en la que sólo tuvo lugar una campaña en todo el reinado, afluyen libremente a Egipto. El soberano puede dedicarse a una actividad edilicia de un brillo y esplendor sin precedentes, con un gusto por lo colosal muy destacado: aparte de enriquecer el tradicional santuario de Karnak, construye un espléndido templo a Amón en Luksor, que aún hoy día se erige, majestuoso, a orillas del Nilo. Igualmente espectaculares, pero por desgracia peor conservados, debían de ser el conjunto palaciego que se construyó en la orilla oriental de Tebas, en Malkata, y su templo funerario, del que todavía quedan en pie los célebres Colosos de Memnón. Particular atención dedica a Nubia, donde edifica templos como el de Soleb, que no desmerecen para nada de sus construcciones en Egipto.

Esta actividad denota un país bien gobernado y con gran disponibilidad de recursos. Está claro que Amenofis III contaba a su lado con importantes personalidades que comparten con él las responsabilidades y los méritos de su reinado. Empezando por la misma reina, Tiyi, procedente de una influyente familia de Egipto Medio (*Akhmin*) cuyos miembros aparecerán en torno al trono hasta el agitado final de la dinastía, que desempeñará un importante papel junto al rey apoyada por su título de «Gran Esposa Real». Es frecuente representarla junto al soberano, llegará a ser venerada asimilada a algunas divinidades (*Hathor* o *Maat*), e incluso participa activamente en la diplomacia internacional egipcia, tal como demuestran las *Cartas de Amarna*. Entre los cortesanos destacan *Ptahmes*, que concentra nada menos que el puesto de Visir, el de Sumo Sacerdote de Amón y el de Gobernador de Tebas, o *Amenhotep*, hijo de *Hapu*, a quien el soberano tenía en tan alta estima que le otorga un templo funerario de dimensiones reales en la necrópolis tebana, y que se convertirá en una personaje legendario, imagen de sabiduría y objeto de un culto que se mantuvo durante siglos.

Se ha insistido, y con razón, en la extraordinaria veneración de que goza Amenofis III en vida. Si bien es cierto que todo soberano egipcio es por definición un dios, también lo es que esta creencia experimentó fuertes oscilaciones de una época a otra e incluso de un reinado a otro (como ya tuvimos ocasión de señalar).

Y no cabe duda de que Amenofis III respondía muy bien al título de «rey-sol» con que en alguna ocasión se le ha denominado en modernos estudios. Basta con referirse a las imágenes procedentes de Soleb (Nubia) donde aparece dotado con los atributos de Amón y donde se le menciona como «león de soberanos». Él será la «imagen viviente (del dios) sobre la tierra», y en su honor se organizarán nada menos que tres Fiestas Sed, en los años 30, 34 y 37 de su reinado, celebraciones en las cuales se insistía en la divinidad y poderes universales del rey. Posiblemente el final de su largo reinado estuvo complicado por problemas de salud. El estudio de su momia, así como las propias representaciones del soberano, muestran indicios de importantes dolencias; quizás con ello esté relacionado la increíble cantidad de estatuas que dedicó de la diosa Sekhmet, en su calidad de divinidad profiláctica, o el que el rey de Mitanni le enviara una estatua sanadora de Ishtar de Nínive. Algunos estudiosos del período creen que estos datos se podrían mejor relacionar con la gran epidemia que, desde Siria, azotó a todo el Próximo Oriente en el s. XIV a.C. y que sin duda alguna llegó a Egipto con su secuela de enfermedad y muerte, que podía haber afectado incluso al mismo soberano.

VII.1.2. La Época de Tell el Amarna y la figura de Ajenaton

No cabe duda de que el reinado de Amenofis IV constituye el episodio más problemático y ciertamente uno de los más atractivos no sólo del Imperio Nuevo, sino de la historia de Egipto en general. La bibliografía al respecto, especialmente centrada en la personalidad de este gobernante, es muy extensa, por lo que es difícil presentar una visión sintética y completa. Las implicaciones económicas, sociales y políticas de la época de El Amarna son evidentes, pero posiblemente la perspectiva más fructífera de acercamiento a este momento especial del Egipto faraónico es la religiosa, que, por otra parte, incide en casi todos los aspectos de la vida del país egipcio. La exaltación de una divinidad un tanto especial, el disco solar o el Atón, las reformas o innovaciones que la acompañan, la energía y el vigor que, al menos desde el entorno del soberano, se imprimió a esta reforma religiosa condicionan inevitablemente los estudios y presentaciones de este momento.

Y sin embargo el Atón no es en absoluto una novedad religiosa en Egipto. Desde los orígenes está presente, relacionado con los cultos solares, no tanto como una divinidad en sí sino como sede y residencia del dios solar, su manifestación material más clara y aparente. Se trata de un elemento religioso que irá incrementando su papel gracias a la tendencia general que desde los inicios del Imperio Nuevo favorece y privilegia los cultos a las divinidades solares, tradicionalmente vinculadas al Delta y la zona septentrional del país. Los faraones de la Dinastía XVIII comenzarán muy pronto a mostrar una particular atención hacia el Bajo Egipto que culminará en Época Ramésida, en buena medida por razones de índole política o estratégica (proximidad a la frontera con los territorios asiáticos, establecimiento de un imperio en Siria-Palestina, voluntad de atender ese frente por el que penetraron los denostados hiksos, etc.). Pero también es verdad que se trata de la zona de Egipto en la que se encuentran las grandes centros de culto a divinidades solares como Ra o Harajty (Heliópolis, Menfis y sus necrópolis, etc.).

Con el Imperio Nuevo comienzan a aparecer todo un conjunto de textos religiosos, muy especialmente funerarios (El Libro de las Puertas o el Libro de las Caver-

nas, la *Letanía de Ra*, donde las 75 formas del dios solar tienen en el disco-Atón el punto de referencia, etc.), reflejo de profundas creencias, en donde el destino del difunto aparece vinculado especialmente al ciclo de eterno retorno de Ra (el sol). Atón aparece obviamente desempeñando un importante papel en este proceso. De ahí que no sea difícil señalar precedentes atonianos que pueden servir como adecuado prólogo al reinado de Amenofis IV. Así Tutmosis IV es representado en su carro de guerra en la típica actitud de soberano victorioso, en compañía del Atón, a quien parece conceder el mérito de la intervención divina en la victoria. Tutmosis IV fue además un soberano bien conocido por sus devociones solares, que promovió el culto a Re-Harajty en su manifestación de la Esfinge, y que en general parece que manifestó siempre una actitud de deferencia hacia la zona de Menfis-Guizah.

Pero sin duda las evidencias se acumulan en el reinado de Amenofis III, precisamente el padre y predecesor de Amenofis IV. Una de sus barcas ceremoniales recibe el nombre de «Atón Resplandeciente»; uno de sus palacios se denominará «La Mansión del Atón Replandeciente», lo que de alguna forma parece asimilar al soberano, gran impulsor como vimos de la divinidad de su persona, con la imagen del disco solar. Amenofis III demostró un gran celo y cuidado respecto a los cultos solares y al centro heliopolitano, donde parece que edificó un templo a Atón, con sacerdotes adscritos. Incluso algunas unidades del ejército se ponen bajo la advocación del Atón. Además, como no ha dejado de señalarse, en época de Amenofis III (si no antes) el arte y las fórmulas iconográficas derivan hacia lo que ha dado en llamarse el «estilo de Amarna» e incluso en la literatura religiosa, en himnos dedicados a diversos dioses (Amón entre ellos), se empieza a notar un nuevo lenguaje, un estilo diferente de referirse al dios, de una manera más íntima, mística, o (como algunos han dicho) con unos acusados tintes de panteísmo que aparecerán posteriormente en las alabanzas al Atón. Sin duda la preeminencia de Amón de Tebas, su culto, las riquezas que concentra y la influencia de sus sacerdotes pudieron ser sentidas por algunos soberanos, Amenofis IV por ejemplo, como un auténtico rival para la monarquía faraónica. Más difícil es en cambio precisar o aceptar hasta qué punto esta evolución religiosa estuvo ayudada por influencias extranjeras, por cultos y creencias asiáticas que ciertamente están entrando en Egipto a expensas de la apertura a Oriente y la constitución de un imperio. De todas formas, hay que insistir en que todo lo que hasta el momento hemos apuntado, y buena parte de la actividad religiosa de Amenofis IV, se encuentra bien enraizado en las tradiciones egipcias, y cabría preguntarse si las novedades, que las hubo, no han de entenderse mejor como el resultado de reinterpretaciones de elementos clásicos debidas al genio creativo del soberano y de quienes le apoyaron.

Vamos a sintetizar brevemente los acontecimientos principales que jalonaron su reinado. A la muerte del longevo Amenofis III, el nuevo rey debía de ser ya un adulto maduro. De hecho, y aunque quizás parezca sorprendente por la huella que dejó, su reinado no duró más de 17 años. Todo ello sin contar con la posibilidad de que ejerciera de coregente durante los últimos años de vida de su padre. Al principio su actitud se ajustó a la norma de sus predecesores: reside en Tebas, es representado en adoración ante Amón, e incluso en algún texto se le denomina «Aquel a quien Amón ha escogido entre millares». Sin embargo, es también el «Primer Profeta de Re-Harajty que brilla en el cielo en su nombre de luz que está en el Atón».

En seguida emprende una intensa actividad arquitectónica, que es la primera manifestación de su enérgico carácter. Construye varios templos en Tebas dedicados al Atón (por ejemplo el Gempaaton) o a elementos solares relacionados, como el Hut-Benben (consagrado a la piedra sagrada de Heliópolis, considerada el lugar primigenio del Universo, donde por vez primera el sol se alzó). El soberano parece dirigir de cerca y con gran celo estas construcciones, dando incluso instrucciones precisas a escultores y tallistas, y haciendo que hasta unidades del ejército colaboren en los trabajos. Así surge el primer gran estilo innovador del reinado, con originales relieves y esculturas, y que además rompe con la tradición constructiva precedente por edificar con bloques de piedra de pequeño tamaño, más fáciles de cortar, transportar y tallar.

Pero la atmósfera de Tebas no acababa de satisfacer al soberano. En el año V de su reinado escoge un lugar en el Egipto Medio, cerca de la actual Tell el Amarna, para edificar lo que será no sólo una nueva capital, sino también la base de operaciones y el foco desde el que irradiará la reforma religiosa. Se trata de un lugar extraño, áspero y estéril a primera vista, en la orilla oriental del Nilo, que forma una llanura alargada en paralelo al curso del río y cerrada por rebordes y acantilados rocosos ocasionalmente cortados por los acostumbrados wadis. Próxima a Cusae y sobre todo a Hermópolis, no sabemos bien las razones que presidieron la elección, pero para el soberano no parecía haber dudas: dejó una serie de estelas distribuidas por la zona para marcar los límites de la nueva fundación donde manifiesta su férrea voluntad de edificar allí su ciudad, su tumba y las de los demás miembros de la familia real. Parece que Amenofis IV buscaba un lugar virgen, no tocado por la acción humana y libre así mismo de la presencia de otras divinidades (lo que no debía de ser fácil en Egipto), quizás en analogía al lugar puro e inviolado desde el cual el dios solar demiurgo dio comienzo a la creación. Es posible que la topografía de la zona, que rompe la línea del horizonte en un wadi rocoso por donde despunta el sol matutino, estuviera cargado de sentido simbólico para soberano. Éste, entre tanto, ha cambiado su nomenclatura, llenándola de elementos atonianos y finalmente abandonando el nombre de Amenofis/Amenhotep («Amón está satisfecho») por el de Ajetaton («Benéfico para el Atón»).

A su nueva capital la llamará Ajetaton («El Horizonte de Atón»), y la llenará de monumentos a su dios, convirtiéndola en una espléndida metrópolis. Se trata, por la afortunada circunstancia de su corta vida como capital y su posterior abandono total, que la ha preservado relativamente bien hasta nuestros días, de uno de los escasos ejemplos de urbanística que nos han quedado del Egipto faraónico: en función de una magnífica avenida procesional cuya finalidad fundamental debió de ser la aparición gloriosa del soberano y de su familia, se apiñan palacios y templos (varios dedicados por supuesto a Atón), mansiones señoriales y zonas residenciales donde la aristocracia cortesana llevaba un ritmo de vida al parecer fastuoso. También había barrios de artesanos y escribas. Y en los acantilados rocosos que conducen al desierto se excavan las tumbas de la nobleza, del propio soberano y de sus familiares, e incluso un sepulcro para Mnevis, el toro sagrado solar de Heliópolis, que es trasladado a la nueva capital.

En esta ciudad se concentra una sociedad diversa y abigarrada que gira en torno al faraón; habrá funcionarios y nobles de viejo cuño, que se ven obligados a despla-

zarse con el soberano y la corte, pero también aparecerán «hombres nuevos», aupados por el favor real y por las necesidades de la ciudad y los cultos que allí se desarrollan; bastantes de ellos, lógicamente, son de procedencia heliopolitana. De todas formas, la concentración de representaciones y de referencias al soberano y la familia real hace que conozcamos mal lo que debió de ser la sociedad amárnica. En el año XII, Ajenaton celebra una espléndida recepción en la que los príncipes extranjeros y gobernadores de los territorios imperiales egipcios le presentan sus respetos y entregan tributos, siendo aclamado por la corte y el pueblo. Sin duda, marca uno de los momentos cenitales de su reinado.

A partir de ahí la información se vuelve más escasa y confusa. Se producen acontecimientos dramáticos en la familia real, varios de cuyos miembros mueren quizás a causa de una epidemia. Se ha apuntado la posibilidad de disensiones entre Ajenaton y la propia reina (la célebre Nefertiti), y en cualquier caso hay una crispación y dureza que se manifiesta en la persecución iconoclasta de Amón y muchos de los tradicionales dioses egipcios, cuyos templos son dañados y cuyas imágenes son destruidas o mutiladas; incluso el nombre de algunas de estas deidades es borrado a martillazos de las cartelas epigráficas y de los textos. No sabemos con exactitud cuándo muere el soberano, pero con toda probabilidad fue enterrado en su tumba, aún no terminada, en Amarna, aunque es posible que su cuerpo conociera desplazamientos posteriores, hasta el punto de que hoy día no es seguro adónde fue finalmente a parar.

Y ello es ciertamente una lástima, pues posiblemente nos habría permitido calibrar mejor lo que sin duda constituye uno de los elementos más llamativos de la personalidad de este particular personaje, a saber, su extraño físico, con el que aparece casi siempre representado: cráneo desmesuradamente alargado, ojos almendrados y soñadores, labios abultados, hombros estrechos, débiles, que conducen a un torso ciertamente deforme, con cadera y muslos anchos y femeninos, vientre y abdomen hinchados. Se ha especulado mucho acerca de una posible enfermedad, o de una naturaleza sometida a alguna debilidad o proceso degenerativo que ha tratado de relacionarse incluso con determinadas actitudes psicológicas que afectarían a las ideas religiosas y políticas de este personaje. Pero ciertamente la cuestión es enigmática. En los famosos colosos de Karnak se hace representar en forma andrógina, alternativamente como hombre y mujer, y sin embargo su virilidad parece garantizada por la descendencia de al menos seis hijas que se le reconocen. Además, por si fuera poco, se pone de moda representar a los demás miembros de la familia real, o a simples notables y cortesanos incluso, con esos rasgos llamativos del monarca.

Más discusiones ha suscitado su personalidad íntima. Algunos, como Petrie, quisieron ver en él a un auténtico idealista, filósofo y pacifista, que trató de imponer su superior calidad personal a todo un estado (un pensamiento, por otra parte, agradable para el anglosajón de cuño victoriano y puritano que era Petrie); otros, resaltaron su fuerte individualismo, su enérgica acción religiosa, convirtiéndolo en el primer monoteísta o incluso en el precursor del culto hebreo a un único dios; se le ha exaltado como un hábil político, que trató de suprimir el estorbo que para la autoridad faraónica suponía el clero y culto a Amón, o que intentó reforzar el imperio sobre la base de un nuevo culto y dios que pudiera ser más cosmopolita y universal-

mente aceptado que los tradicionales dioses egipcios (esto es más dudoso). En todo ello hay quizás mucho de pasión y una cierta dejación de la sensatez y del sosiego que ha de presidir el trabajo científico del historiador. Ajenaton no fue, por ejemplo, tan «pacifista» como algunos suponían: se le representa en la típica actitud de masacrar al enemigo, y en sus salidas siempre va rodeado por una fuerte escolta. La gran parada del año XII demuestra claramente que seguía imbuido por la idea de imperio que preside la Dinastía XVIII. Tampoco fue tan mal administrador como se ha supuesto (Vandersleyen, 1995, p. 435). Ciertamente hay en las reformas que promueve una sensibilidad artística muy marcada, una valoración de la naturaleza (y en general, de la creación), una ternura y dulzura en las representaciones muy atractivas. Pero, aparte de que para casi todos estos aspectos hay claros antecedentes, como vimos, es también posible que buena parte de estos elementos procedan de las personas de su entorno, de su familia y consejeros. Ajenaton es un hombre de su tiempo, no del nuestro; le correspondió desempeñar un papel que posiblemente era apropiado o necesario para su contexto histórico, para su época, en la que dejó la huella de una personalidad fuerte pero indudablemente sumergida en una evolución general y necesaria, que superaba la actividad de un individuo solo.

Así se hace necesario señalar a su lado la presencia de personajes que debieron de influir en buena medida en el desarrollo de estos acontecimientos, como su madre, *Tiyi*, o *Ay*, en quien algunos ven al padre de *Nefertiti* y que acabará, como veremos, ocupando el trono. Sin embargo, sin duda la figura más llamativa es la de *Nefertiti*. Casada con el soberano desde antes de su entronización, aparece iconográficamente asociada de una forma igualitaria muy significativa con Ajenaton: en relieves y pinturas aparece frecuentemente con la misma talla y coparticipando en los actos reales; parece que su contribución a la reforma religiosa es muy activa y original: oficia sola en muchas ocasiones y, como se ha señalado, cumple una función simbólica e ideológica muy notable; se la simula a *Tefnut*, la primera diosa-hembra creada por el solitario demiurgo, que encarna en el *Atón*, padre mítico del faraón, con quien parece constituir en ocasiones una auténtica tríada religiosa. De ahí que sea promotora de la fecundidad y la ternura básica femenina, frente al principio masculino (por excelencia el faraón), lo que puede explicar en cierta medida las llamadas «escenas domésticas» en las que Ajenaton y ella se muestran besándose y acariciándose. Ella es la que apacigua al soberano-sol, como hace en ocasiones *Hathor* (otra diosa de la belleza y el sexo) frente a *Ra*, padre de todos los dioses. En coherencia con su función, *Nefertiti* incorpora a su nombre otro claramente alusivo a la nueva religión (*Nefer-Nefenu-Atón*), y aparece en actitudes y representaciones que, como se ha señalado, suponen una auténtica «faraonización» de la reina (Vandersleyen, 1995, pp. 422 ss.): adopta la típica actitud de «masacrar al enemigo», se toca con coronas reales (corona Blanca, corona *Atef*, o incluso la corona Azul de legitimidad). De todas formas, en la parte final del reinado su papel se oscurece. Incluso se ha hablado de un repudio por parte del soberano (o que simplemente muriera), siendo su lugar ocupado por otras mujeres de la familia real, especialmente su hija *Meritaton*, que asume el papel de reina. Ésta es otra característica especial del entorno real en la época amárnica: Ajenaton parece adoptar como esposas a sus hijas e incluso tiene descendencia de algunas de ellas (como *Meke-ton*, que posiblemente muriera en el parto tras alumbrar a un hijo de quien no

sabemos nada más). Si ello es así, se trataría de una endogamia justificada por razones de índole religiosa y por la voluntad de asegurar la pureza de la descendencia de este particular soberano.

La religión de Ajenaton esta centrada, como hemos dicho, en el culto al disco solar, al Atón, sin duda como la representación última, más simple, desnuda y clara, adecuada para ser comprendida por todos, de la divinidad solar, de la que se resalta fundamentalmente su carácter de creador y regenerador cotidiano de la vida y de la felicidad de las criaturas. Así, el amanecer es el momento en el que más ostensiblemente se manifiesta la divinidad y es el tiempo apropiado para rendirle veneración. Del disco que representa al Atón salen rayos que terminan en manos que parecen acariciar, dando el signo de la vida, al faraón y su familia (sólo a ellos, lo cual ya es significativo). Es padre y madre de todas las criaturas, con el que se asocia muy estrechamente el soberano, y aquí puede estar la razón de esos colosos de Karnak, a los que antes hicimos alusión, en los que el propio rey aparece alternativamente como masculino y femenino. Por otra parte, esta derivación hacia lo solar, como dijimos, no es nueva, sino una imparable tendencia que se prolongará por todo el Imperio Nuevo. Lo que sí es original es la hipóstasis solar que Ajenaton elige, huyendo de las representaciones zoomorfas o antropomorfas tan queridas por los egipcios tradicionalmente. Si bien en un principio todavía aparecen ocasionales representaciones tradicionales de Re-Harajty como hombre-halcón, pronto se abandonan en beneficio exclusivo del disco.

También es nuevo el carácter exclusivista de la nueva divinidad. Autores tan prestigiosos como Aldred (1988, p. 253) y Redford (1984, p. 158) no dudan en recurrir aquí al concepto de monoteísmo. En cualquier caso, la preferencia por el Atón hace incompatible la aceptación o el mantenimiento del panteón tradicional: son por ello rechazados los grandes dioses del Imperio Nuevo, en especial en sus formas animalísticas o antropomorfas, que parecen repugnar a la nueva religión, como Amón, Mut o incluso el propio dios de los muertos, Osiris, que es sorprendentemente silenciado. Incluso en los textos se evita expresamente el plural «dioses», que es modificado en títulos y nombres, para no distraer la atención hacia la única divinidad digna, el Atón. El disco solar, solitario y espléndido, va a ser entendido como si de un monarca o soberano (universal y celestial) se tratara: su nombre se encerrará en el típico cartucho real, ostentará el *uraeus*, que suele aparecer como distintivo propio en la frente de los soberanos, e incluso en su honor se llevan a cabo rituales y honores debidos a los soberanos (aunque se discute aún sobre la posible celebración de la Fiesta Sed en honor del nuevo dios).

En este sistema religioso el papel que le queda reservado al soberano es de gran importancia, fundamental desde la perspectiva de los rituales y las creencias. Que Ajenaton era una personalidad fuerte no puede ponerse en duda ante la intensa y vital actividad desarrollada durante su reinado; además, la devoción, la humillación con que se aproximan a él sus súbditos, incluso los más elevados y próximos, indica que el dogma de la realeza sagrada, carismática y muy por encima de la humanidad no sólo no ha decaído, sino que con el nuevo sistema religioso se ha reforzado notablemente. La soledad del Atón como dios rey celestial es análoga a la de Ajenaton como rey divinizado en la tierra. La vinculación que los une es la tradicional filiación divina de los faraones egipcios. Pero en Ajenaton se acentúan de

forma extraordinaria los rasgos de intermediario privilegiado y único con la divinidad. No sólo es el auténtico «sacerdote», capaz de llevar adelante los rituales que satisfacen al Atón; Ajenaton es además el único intérprete de su voluntad y quien, gracias a su actuación, puede repartir los beneficios naturales y sobrenaturales que en última instancia remontan al dios creador. En Amarna, las capillas domésticas privadas no se dedican a otra divinidad más que al propio faraón (asociado a veces a la reina), que aparece cubierto y bendecido por los rayos del Atón. Esto se aprecia particularmente en el mundo funerario: desaparecen las referencias y representaciones osirianas en las grandes tumbas de Amarna y en su lugar aparecen figuraciones del Atón y, sobre todo, del rey y de la reina. Ajenaton es el referente para la felicidad de sus súbditos, no sólo en la tierra, sino también en el más allá; a él aluden los textos fúnebres como «el Señor del sepulcro, dador de longevidad, Señor de la rueda de la vida, en cuya mirada hay vida» (Aldred, p. 256). Significativamente muchos elementos rituales y materiales del culto osiriano no se encuentran en las tumbas de Amarna. Ni siquiera se mantiene el referente ético propio de la religión osiriana, que, faltando en la visión sonriente de la naturaleza atoniana, deja muy alejados del nuevo dios y de Ajenaton los problemas cotidianos de los hombres, sus aspiraciones y frustraciones.

Quizás fuera éste uno de los elementos responsables de la escasa aceptación y difusión de la religión atoniana. Aparte de algunos pocos centros en los que la actividad de Ajenaton o de sus fieles es directa, como Tebas, Menfis-Heliópolis o por supuesto Amarna, los testimonios del culto atoniano difundidos por el país son muy escasos. Claro que esto pudo ser debido a la persecución y anatematización posterior, pero no deja de ser significativo que en la propia Ajetaton, y en vida del soberano, se siguiera manteniendo en la intimidad (quizás secretamente) el culto a muchas de las divinidades tradicionales, algunas de ellas perseguidas por el faraón.

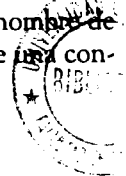
La muerte de Ajenaton, en una fecha no determinada, abre paso a un breve período muy confuso y difícil de reconstruir. Ciertamente se produjeron, como veremos, importantes acontecimientos y cambios, sucediéndose en el trono, en un corto tiempo, dos o tres faraones, cuya personalidad y parentesco con el rey reformista permanecen inciertos. El más famoso de ellos es sin duda Tutanjamón, evidentemente por el azaroso descubrimiento de su tumba en los años veinte del presente siglo, prácticamente intacta, y que se ha convertido en uno de los hallazgos más espectaculares de la egiptología y de la arqueología en general. Se insiste demasiado en la esplendidez del tesoro que encerraba su tumba frente al modesto o nulo papel histórico que supuestamente desempeñó este soberano, cosa que no se ajusta para nada a lo que conocemos. Tutanjamón fue el soberano que dio los primeros pasos para volver a la ortodoxia y normalizar la situación tras el paréntesis de Amarna, bien es verdad que posiblemente influido por un importante grupo de presión de notables y familiares. Poco sabemos sobre su extracción o filiación. Para algunos, es hijo del propio Ajenaton y de una esposa secundaria, o un miembro indirecto de la familia real. Y ciertamente en alguna inscripción se alude a él como «hijo del rey, de su cuerpo». Para otros, sería hijo de Amenofis III, y por tanto hermano o medio hermano del propio Ajenaton, lo que explicaría la particular vinculación que parecía unirle con Tiye, la utilización del palacio de Malkata (construido por Amenofis III) como su residencia en Tebas, o el que construyera su tumba

en las proximidades de la de este soberano. Pero dada su juventud al acceder al trono (y al morir), esta interpretación sigue ofreciendo problemas.

Fuese lo que fuese, este faraón tuvo un reinado corto pero lleno de dinamicidad: abandonó Ajetatón, residiendo bien en Tebas o en Menfis, volviendo a la tradición de los enterramientos reales en el Valle de los Reyes. Inicia sin duda la restauración de la ortodoxia tradicional religiosa egipcia, aunque bien es verdad que sin abandonar ni oponerse al atonismo, que se sigue practicando. Así, cambia su nombre inicial de *Tut-Anj-Aton* por el de *Tut-Anj-Amon* (literalmente «La imagen viviente de Amón») y sobre todo promulgó el llamado *Decreto de la Restauración* en el que, de una forma desacostumbrada e inusual para la fraseología oficial y los tópicos que llenan los documentos reales egipcios, insiste en la mala situación en la que se encontraba el país, el abandono de los templos y cultos, declarando su intención de restauración, acción que, en una forma muy típica de la visión egipcia de las cosas, la plantea como una cuestión eminentemente de piedad o devoción a los dioses: restauración de santuarios, de liturgias y rituales, erección de estatuas a las divinidades tradicionales (con Amón y los dioses de Tebas a la cabeza, etc.). Realmente es merecido el epíteto que figura en su tumba: «Aquel que vivió haciendo imágenes de los dioses». Puede que durante su reinado se trasladaran los cuerpos de la familia real (incluido el de Ajenaton) a las necrópolis tebanas, y en todo caso se empieza a reactivar la política exterior: hay campañas en Asia dirigidas por Horemheb (luego faraón), y se dedica atención a Nubia, cuyo virrey Huy es un activo y enérgico personaje. No tuvo tiempo de más; murió joven, quizás a consecuencia de una herida (se han barajado las hipótesis de un accidente o de un atentado), siendo apresuradamente enterrado. Quizás por esa celeridad su momia no quedó bien preparada y hoy día su estado de conservación es lamentable, lo que ha dificultado su estudio.

Por estos tiempos se debió de producir el célebre episodio de la carta enviada por una reina viuda egipcia al soberano hitita, nada menos que el poderoso Supiluliuma, demandándole un príncipe real para hacerlo su esposo y faraón de Egipto. Se trata de una petición inusitada y que rompe con las tradiciones y tabúes que rodeaban desde hacía milenios a la monarquía egipcia y que sólo puede comprenderse en el contexto de conflictividad dinástica que cierra la época de El Amarna. La casa real egipcia difícilmente aceptaba sangre extranjera, y mucho menos un varón que pudiera convertirse en faraón. No sabemos tampoco de qué reina concretamente se trata. Algunos hablan de Nefertiti (cosa improbable), otros, de la viuda de alguno de los tres faraones efímeros que suceden a Ajenaton (incluido Tutanjamón). Igualmente extraño debió de quedar el monarca hitita (jefe de un estado que es el principal rival político de Egipto en el Próximo Oriente). El hecho es que finalmente envió a un príncipe que fue asesinado antes de llegar a Egipto, con lo que la insólita tentativa fracasó.

La dinastía termina con el acceso al trono de Horemheb, sin duda uno de los personajes que en la sombra había orientado los destinos de Egipto en esos confusos tiempos que suceden a la muerte de Ajenaton. Funcionario de carrera y militar experimentado, parecía el personaje que se necesitaba en esos delicados momentos. Será consciente de la labor de reorganización que debe abordar. Así, su nombre de Horus será «El Toro Potente Que Toma Decisiones Acertadas», que tiene una con-



notación de tipo administrativo y legal innegable (Grimal, 1966, p. 296). En los textos que conmemoran su coronación vuelve a insistir en la necesidad de una amplia labor de restauración, con un enfoque especialmente religioso que recuerda el antes citado Decreto de Tutanjamón. Pero sobre todo es significativo el famoso edicto que lleva su nombre (el *Decreto de Horemheb*). En él se insiste en la reorganización del país de una forma mucho más real y efectiva: corrección de los abusos, especialmente en la cuestión fiscal o tributaria (que había quedado viciada desde la época de Amarna), cuidadosa selección de los sacerdotes y funcionarios, revigorización de la administración de la justicia, con tribunales de ámbito local o comarcal e insistiendo de nuevo en el puesto de juez supremo del Visir (con dos titulares, uno en Menfis y otro en Tebas). Incluso se vuelca en una reforma del ejército, cuya falta de disciplina y de autoridad habían causado problemas en el propio país egipcio. Aunque la imagen que en el decreto se presenta del atonismo no es muy buena que digamos, sin embargo no parece que emprendiera represión alguna contra el culto a Atón.

Consciente de la necesidad de retomar la tradición gloriosa de los primeros soberanos de la Dinastía XVIII, Horemheb se aplica a una importante actividad arquitectónica, especialmente en los templos de Menfis y Tebas. Se da la circunstancia insólita de conservarse de él dos tumbas: una primera en Sakkarah, de cuando aún era una gran funcionario que no aspiraba al trono (tras su coronación se arregló un poco, añadiendo por ejemplo el *uraeus* real a la frente de todas sus representaciones), y otra en Tebas, una espléndida tumba real que sin duda es una de las más destacadas y grandes del Valle de los Reyes; en ella aparece la primera copia de uno de los textos funerarios solares típicos de la Época Ramésida, el *Libro de las Puertas*. Otro de los grandes aciertos de su reinado fue el dejar bien asegurada la sucesión, con la elección de un militar, de sangre no real pero con hijos adultos (para asegurar que no se repitieran los problemas dinásticos que habían terminado con la Dinastía XVIII), el futuro Ramsés I, el fundador de la Dinastía XIX.

VII.1.3. Los Ramésidas (Dinastías XIX y XX. 1292-1075 a.C.)

Consciente de que a su muerte Egipto tenía que enfrentarse a un nuevo período dinástico, Horemheb escogió adecuadamente a su sucesor, Ramsés I. Su origen septentrional ayuda a comprender el que la nueva dinastía rindiera especial veneración a Seth, divinidad muy enraizada en la zona, o a los grandes dioses del norte, de la zona menfita y sobre todo de Heliópolis, como Ptah, Ra o Atum, tal y como demuestra la frecuencia de su aparición en la onomástica real. Además, los Ramésidas instalarán la capital precisamente en el delta Oriental (la célebre Pi-Ramsés), en la actual Tell el Daba, paradójicamente donde estuvo la capital de los hiksos (Avaris). Las razones no son simplemente familiares. La política imperial de Egipto en el Imperio Nuevo, particularmente compleja en el frente asiático, ponía en evidencia el carácter excéntrico de Tebas, demasiado alejada del teatro de operaciones y de intereses, allá en el Alto Egipto, e imponía una residencia más cercana del soberano y de los centros de toma de decisiones políticas. En esto (como en otras muchas cosas) los Ramésidas no hacen más que continuar con una tendencia que ya se había manifestado claramente, como tuvimos ocasión de ver, con la Dinastía XVIII. Conscientes de los problemas sucesorios crónicos que habían afecta-

do a ésta, especialmente al final de la época de Amarna, Ramsés I y sus sucesores cuidarán mucho los lazos familiares y procurarán asegurar la sucesión, especialmente por medio de coregencias o asociando al heredero al trono. Los altos cargos de esta época serán ocupados con frecuencia por familiares cercanos del soberano, que de esta forma intentará dar estabilidad al gobierno (lo que no siempre se consiguió, como veremos, porque inevitablemente surgirán problemas por competencia entre los miembros de la familia real). De hecho, Ramsés I reinó muy poco tiempo, siendo de avanzada edad al ascender al trono, pero precisamente por ello tenía ya, como dijimos, hijos adultos (y hasta nietos), que aseguraban la continuidad de la nueva dinastía.

Realmente el auténtico fundador de ésta es su hijo y sucesor Seti I, que se convierte en soberano ya adulto y sin duda con una excelente preparación. Consciente de la tarea de reconstrucción del país a la que tiene que hacer frente, adopta como epíteto de su nombre de Horus «El Que repite los Nacimientos», expresión clara de la *renovatio temporum* que va a emprender. Elocuente evocación de estos «nuevos tiempos», así como de la voluntad de reafirmar la legitimidad de la nueva dinastía y su integración en el eterno ciclo de la realeza faraónica, es la lista de reyes de Egipto que manda grabar en el templo que construyó en Abidos: allí se hace representar, significativamente en compañía de su heredero, el futuro Ramsés II, en actitud de filial adoración ante los nombres de todos los soberanos de Egipto desde Menes hasta él mismo. No será ésta la única lista de soberanos de la Época Ramésida, y en todas, siguiendo el modelo de la de Abidos, son omitidos los soberanos de Amarna (de Amenofis III se salta hasta Horemheb). No se trata de algo casual: en la época de Seti I, soberano que destaca por su piedad hacia las divinidades y la religión tradicional, comienza la anatematización de la herejía atoniana y de sus protagonistas, incluyendo la destrucción y abandono de sus monumentos y tumbas, así como la eliminación sistemática de sus nombres de los documentos e inscripciones.

Hábil político, intentó mantener equilibradas relaciones con el Alto y Bajo Egipto respectivamente, aunque residió preferentemente en Menfis. Desde allí emprende una política exterior agresiva y enérgica destinada a reconstruir el imperio egipcio en Asia, quebrantado en la época de Amarna. En la cuarta campaña se enfrenta directamente a la que es sin duda gran potencia rival en Oriente, los hititas, restableciendo la frontera de la influencia egipcia en el norte de Siria. En el interior dejó una profunda huella monumental. A él se deben importantes construcciones en Karnak, especialmente buena parte de la gran sala hipóstila; en Abidos, como dijimos, construyó un conjunto religioso, dedicado a Osiris, cuya calidad artística y buen estado actual de conservación ha servido, entre otras cosas, para conocer muchos aspectos de la liturgia y el culto. Además, su tumba en el Valle de los Reyes, también bien conservada, es una de las más ricas y más bellamente decoradas, reflejo adecuado del gran reinado de este faraón.

A primera vista podría haber parecido difícil que a la muerte de Seti I Egipto encontrara un sucesor que lo igualara o superara. Y sin embargo ése fue precisamente el caso, pues quien ascendió al trono, Ramsés II, fue uno de los más grandes faraones, cuya huella en el país y en la historia egipcia tiene difícil parangón, y cuya popularidad y fama ha llegado hasta nuestros días. Desde la nueva capital que construyó en el delta Oriental, Pi-Ramsés, proyectó su personalidad e indiscutibles dotes

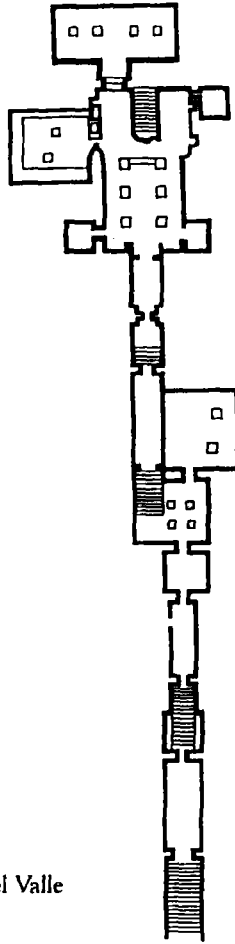


Figura 10. Tumba de Seti I en el Valle de los Reyes

de gobierno (valorados aún más gracias a una afortunada longevidad) por todo el país egipcio y sus dominios exteriores. Para ello contó con importantes apoyos y colaboraciones, empezando por su propia familia, cuyos componentes ocuparon (y esto es, como dijimos, un rasgo muy típico de la Época Ramésida) buena parte de los altos cargos de gobierno. Su esposa principal, Nefertary, famosa por su tumba tebana recientemente restaurada y por aparecer asociada a su esposo en monumentos tan célebres como el de Abu-Simbel, desempeñó un activo papel. Tuvo muchos hijos de sus diferentes mujeres y concubinas, destacando Jaemuast, gran sacerdote de Ptah de Menfis, eficaz administrador y consejero de su padre, y sucesor designado durante unos años hasta que a su muerte tal condición recae en Mineptha; fue un estudioso curioso del pasado egipcio, de sus monumentos y rituales; como consecuencia de ello emprendió notables trabajos de restauración, entre otros, de las pirámides en Gizah y Sakkarah, y su recuerdo se convierte en legendario, apareciendo como poderoso mago que protagonizará relatos y cuentos de Época Tardía (*Las historias del Setne Jaemuast*). Entre sus más fieles ministros mere-

ce la pena destacar a Paser, el más importante Visir de su dilatado reinado, cuyo papel en las afortunadas relaciones internacionales del reinado es fundamental.

Siguiendo la línea marcada por su padre, Ramsés II tiene una primera parte de su reinado muy centrada en la política exterior. En Nubia, pese a que realmente no hay allí enemigos a batir, desarrolla una gran actividad. Pone en condiciones de explotación óptima la gran zona minera de wadi Allaki, cuyo oro servirá para financiar tanto su vocación constructora como su política exterior asiática. Se preocupó especialmente de asegurar el imprescindible abastecimiento de agua. Construye varios templos en Nubia, algunos de una talla tan colosal como el de Abu Simbel, en donde recibirá culto en compañía de los más grandes dioses del panteón egipcio. Además de esta finalidad religiosa e ideológica (o de propaganda si queremos), se ha insistido últimamente en que la distribución y localización de este conjunto de templos pudo estar relacionado con el Nilo y con problemas de insuficiencia de la crecida, que parecen acentuarse a lo largo de su reinado. De Ramsés II se conocen campañas contra los Libios y contra otros pueblos que parecen amenazar ya las costas del delta, quizás como preludio o aviso de lo que pasará poco después.

Pero, sobre todo, el gran foco sobre el que proyectó su actividad militar y su política exterior fue Asia. El teatro de operaciones será, por supuesto, la franja sirio-palestina, y el rival, el Imperio Hitita, con quienes los egipcios disputan el control de Siria y algunos principados de la zona, especialmente Amurru. En el curso de este enfrentamiento se produce la famosa batalla de Kadesh. Se trata sin duda del hecho de armas mejor conocido de la historia egipcia, no tanto por las consecuencias que acarreó, sino más bien por la importancia que al mismo le dio Ramsés II, que lo hizo representar en relieves acompañados de texto en Luksor, Karnak, Abidos, Abu-Simbel, y en su propio templo funerario, el Rameseum. Además, el relato de la batalla se convirtió en una pieza literaria apreciada, un clásico, en forma de poema épico, del que se conservan varias copias. En todas estas versiones, la imagen de la batalla es idéntica: una situación comprometida del ejército egipcio, en marcha y desorganizado, es resuelta en las inmediaciones de la gran ciudad siria de Kadesh gracias al valor y arrojo personal del soberano, que contó para ello con el apoyo efectivo de Amón, invocado por Ramsés en lo más difícil del combate. Y sin embargo la investigación ha demostrado que el resultado de la batalla de Kadesh fue una victoria estratégica de los hititas, que les permitió recuperar parte de su influencia en Siria y de la que se salvó de caer prisionero (podríamos decir con justeza que de milagro) el propio soberano egipcio.

Sin embargo, el panorama internacional en el Próximo Oriente estaba experimentando importantes transformaciones: Asiria se estaba convirtiendo en una potencia que arrebatava a los hititas buena parte del desaparecido territorio de Mitanni, y los primeros movimientos de ese fenómeno histórico que llamamos los Pueblos del Mar se dejaban ya sentir. Además, el estado hitita seguía sacudido por problemas dinásticos y conflictos por el trono que lo hacían especialmente vulnerable. Todo eso ayuda a explicar la firma de un gran tratado de amistad entre Egipto y los hititas (Hattusil III) en el año XXI del reinado de Ramsés II, uno de los más antiguos y mejor preservados documentos de este tipo, del que excepcionalmente conservamos copias comparables procedentes de los archivos egipcio e hitita. En este acuerdo solemne se sella la amistad de las dos potencias, con concretas medi-

das de apoyo mutuo (como la extradición de refugiados), con intercambio de regalos y obsequios, fijando además las respectivas zonas de influencia, ya definitivamente, en Siria-Palestina. Se inaugura así un período pacífico de prosperidad para la zona, que contempla el auge de Biblos o Ugarit. La cordialidad y amistad entre las dos casas reales se hace patente: Nefertary y la reina hitita intercambian cartas y buenos deseos, y el propio Ramsés II contraerá matrimonio sucesivamente con dos princesas hititas.

Asegurado el imperio, Ramsés II podrá dedicarse plenamente a los asuntos internos. Como ya hemos dicho, su actividad constructora es inmensa. Es posible que no haya habido otro faraón comparable en este sentido. Aparte de los templos de Nubia (Abu Simbel), que ya mencionamos, completó la Gran Sala Hipóstila de Karnak, iniciada por Seti I, y realizó importantes añadidos en Luksor y Abidos. Fiel a la devoción familiar hacia Ptah, le dedicó un gran templo en Menfis. También impresionantes son los restos actuales de su templo funerario, el ya citado Rameseum. Particularmente intensa será la divinización de que se ve beneficiada su persona, en buena medida a partir de la celebración de su primera fiesta Sed (de las que llegó a celebrar nada menos que catorce o quince a lo largo de su reinado), asociándose en vida a algunos de los grandes dioses egipcios, como Ptah o Amón.

El destino póstumo de Ramsés II fue sin duda glorioso. Servirá de indiscutible modelo e ideal a sus inmediatos sucesores y, en general, para el conjunto de la Dinastía XX. En torno al Rameseum se gestó la leyenda de Osimandias, cuyos ecos llegan a la literatura europea contemporánea, y el propio soberano ha impactado y sigue impactando profundamente tanto en el mundo específico de la egiptología como de cara al público en general. Buen exponente de esto es el boato y la teatralidad que acompañó al estudio científico que se realizó en su momia, que ha supuesto un hito en los temas de antropología física y del estudio de los restos humanos en egiptología.

Resulta así un tanto paradójico que con el sucesor de Ramsés II, Mineptah, Egipto se enfrente a serios problemas de seguridad nacional derivados de la presión de pueblos cuya intención es establecerse en Egipto. Por ello, el reinado de este soberano está marcado por una política exterior que, aunque tiene finalmente éxito y consigue mantener la situación, parece colocar a Egipto en un plano defensivo que rompe significativamente con la evolución imperial expansionista implantada desde los inicios de la Dinastía XVIII. Con el Imperio Hitita continúan las excelentes relaciones derivadas del tratado bilateral que más arriba mencionamos. Incluso el trigo egipcio viene a socorrer al país hitita en momentos de carestía. La inestabilidad y la presión vienen, sin embargo, del lado africano. En los años IV y V de su reinado Mineptah ha de hacer frente a una auténtica invasión libia en la que aparecen involucrados pueblos que posteriormente se incorporan a las oleadas de los Pueblos del Mar (véase más adelante). Según algunos, la penetración se realizó por el delta Occidental, tradicionalmente la zona del país egipcio más abierta a influencias libias. Según otros, las vías de acceso se situarían más al sur, a través de las rutas de los oasis occidentales, desembocando en el Egipto Medio, desde donde se llega a amenazar la propia región de Menfis-Sakkarah-Heliópolis. La gravedad de la situación queda bien reflejada en el número de muertos (6000) y de prisioneros (9000) contabilizados tras la victoria egip-

cia, así como en la disminución de la afluencia del oro de Nubia, que comienza a ser más escaso a partir de este momento. Mineptah intervino también en el sur de Palestina, tal y como atestigua la famosa Estela de Israel. Se trata de un documento en el que, por primera vez, se menciona a Israel entre los asiáticos vencidos por Egipto, lo que ha servido de argumento para colocar el Éxodo bajo los Ramésidas (algunos incluso han identificado a Mineptah como el faraón del episodio bíblico). A la muerte de este soberano se abre una profunda crisis que provoca el final de la dinastía. Como circunstancia poco usual pero que se repitió en más de una ocasión en tiempos de crisis, una mujer asume temporalmente la realeza (Tausert), y, a juzgar por la información que transmite el Papiro Harris I, Egipto cayó en la anarquía y en la miseria. Es posible que así fuera, al menos en cierta medida, pero hay que ser muy prudentes en la utilización de este documento, que pretende justificar el acceso al poder de una nueva Dinastía (la XX) y legitimar la acción de sus primeros soberanos.

La Dinastía XX está marcada por la personalidad y la actividad de Ramsés III, para muchos el último gran soberano del Imperio Nuevo, que significativamente tuvo como modelo y guía a Ramsés II, a quien llegó incluso a imitar artísticamente. Así, el gran templo funerario de Ramsés III, en Medinet-Habu, la última construcción importante del período, sigue fielmente el modelo próximo del Rameseum. Con ello impone un estilo que será seguido por los grises soberanos que le suceden (todos homónimos, terminando con Ramsés XI). La huella arquitectónica de Ramsés III es importante, pero su celebridad sin duda proviene del reto a que tuvo que hacer frente ante muy serios intentos de invasión. Vencedor otra vez de los libios, que no obstante se están infiltrando irremediablemente en Egipto, aunque sólo sea como prisioneros y mercenarios, su gran empresa será la célebre contienda con los Pueblos del Mar, como lo denominan los textos egipcios, y que aparecen muy especialmente reflejados, en texto e imagen, en Medinet Habu. Ramsés III los derrota por tierra y sobre todo en un gran combate naval en las bocas y canales del delta del Nilo, salvando posiblemente a Egipto de seguir la suerte de otras potencias del Próximo Oriente, como los hititas, que desaparecen de la historia. Hay que encuadrar bien estos acontecimientos: a finales del II milenio a.C. el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente en general están viviendo una situación de cambio y crisis; el mundo del Bronce desaparece, y nuevos pueblos y gentes asoman a este ámbito geográfico e histórico. Se trata de un gran movimiento de pueblos, de lenguas y culturas del que saldrá un mapa bastante diferente del Oriente Antiguo a comienzos del I milenio a.C. Hititas, mitanios y casitas pierden protagonismo e incluso desaparecen, apareciendo nuevos pueblos en Anatolia (frigios, carios, etc.), en Siria-Palestina y Mesopotamia, muy afectadas por la penetración de arameos, y en el Egeo, donde el colapso del mundo micénico da pie a lo que se ha dado en llamar la «llegada de los griegos», o como dicen las propias fuentes helenas, las invasiones dorias. Egipto se vio zarandeado por este proceso de gran escala histórica, pero no hay que dejar de reconocer que la victoria de Ramsés III sobre los Pueblos del Mar preservó la independencia del país egipcio y una cierta coherencia étnica, lingüística y cultural, lo que no puede decirse de otras potencias del oriente contemporáneo, como Asiria, que sufre un fuerte proceso de arameización. Es difícil precisar la composición de estos invasores, aunque seguramente estarían muy mez-

clados, incluyendo, entre otros, quizás un importante contingente de egeos (aqueos o micénicos) y filisteos, que finalmente se instalarán en la costa sur de Palestina.

Con menos claridad se conoce la política interior de este soberano, que sin embargo distó mucho de ser tranquila y estable. Los problemas de la administración egipcia se hacen cada vez más acuciantes, cayendo buena parte de la autoridad y del control de los recursos en grupos familiares y funcionariales cuya eficacia, honradez y fidelidad a veces son más que dudosas. Los problemas de gestión desencadenaron descontentos y revueltas, como la que estalló en el célebre poblado artesano de Deir el Medinah, parece que por problemas de abastecimiento o de distribución de las raciones prescritas. El Papiro Harris I, al que ya hemos hecho alusión, y que data del reinado de su sucesor, revela la gran cantidad de riquezas que Ramsés III derivó en beneficio de los grandes santuarios, especialmente el de Amón de Tebas, lo que sin duda repercutió en el debilitamiento de la propia monarquía. Además, el final de su reinado se ve enturbiado por conspiraciones y conflictos palaciegos que pusieron en serio peligro la vida del soberano. Se fraguó una conjura en el interior del harén, alentada por una esposa secundaria con la intención de colocar a su hijo, un tal Pentaur, en el trono. El complot estaba bien urdido, e implicaba a importantes funcionarios palaciegos y a miembros del ejército, con la intención expresa de provocar desórdenes e insurrecciones. Es curioso que los conspiradores no olvidaran el lado mágico-religioso del asunto (al fin y al cabo, el faraón era un dios), con prácticas de hechicería realizadas al parecer sobre figurillas representativas de las personas a quienes se quería perjudicar. La conspiración fue descubierta (no sabemos a ciencia cierta si Ramsés III fue asesinado o no), y sucedió un proceso judicial complejo del que nos ha llegado testimonio a través del Papiro Jurídico de Turín y de otros documentos datados ya en el reinado de Ramsés IV.

La Dinastía XX, y con ella el Imperio Nuevo, se extingue con una larga lista de reyes, todos ellos con el nombre de Ramsés, hasta el que hace el número XI. Con ellos se agudizan y se hacen insostenibles los problemas que ayudan a comprender el final de este brillante período. En primer lugar hay que insistir en la pérdida de carisma y de poder efectivo por parte del soberano, de cuyo control escapan buena parte de la administración civil y religiosa (particularmente el poderoso sacerdocio de Amón). A ello se unen los problemas sucesorios, que si bien son una constante a lo largo del Imperio Nuevo, se agudizan con los últimos Ramésidas, de reinados significativamente cortos. Un claro indicio de la situación es la inseguridad y el saqueo generalizado en las necrópolis tebanas. A partir del reinado de Ramsés VI comienzan a expoliarse, sistemáticamente y con la connivencia de guardias y autoridades, las tumbas no sólo de los nobles, príncipes o reinas, sino incluso las de los grandes soberanos de las Dinastías XVIII y XIX. Se producen juicios y castigos ejemplares, pero todo será inútil; llegará a tomarse la dramática decisión de sacar los cuerpos reales (a veces ya lastimados por el expolio) y agruparlos en una serie de escondrijos (denominados en la actualidad *cachettes*) que, para nuestra fortuna, cumplieron su cometido hasta nuestros días, permitiendo la conservación y el estudio de buena parte de los cuerpos de los grandes faraones del período. A esta compleja situación interior hay que añadir la inestabilidad internacional derivada de los movimientos de pueblos a que antes hicimos alusión. La desintegración del país sólo era cuestión de tiempo. Durante los últimos años de gobierno de Ramsés XI el

Sumo Sacerdote de Amón, Herihor, se instala como gobernante efectivo en el Alto Egipto, al tiempo que en el Delta, un militar, Smendes, establece un linaje paralelo en Tanis. Nubia y Asia se habían perdido. La estructura del Imperio Nuevo se había hecho añicos.

VII.2. EGIPTO Y LA POLÍTICA IMPERIALISTA

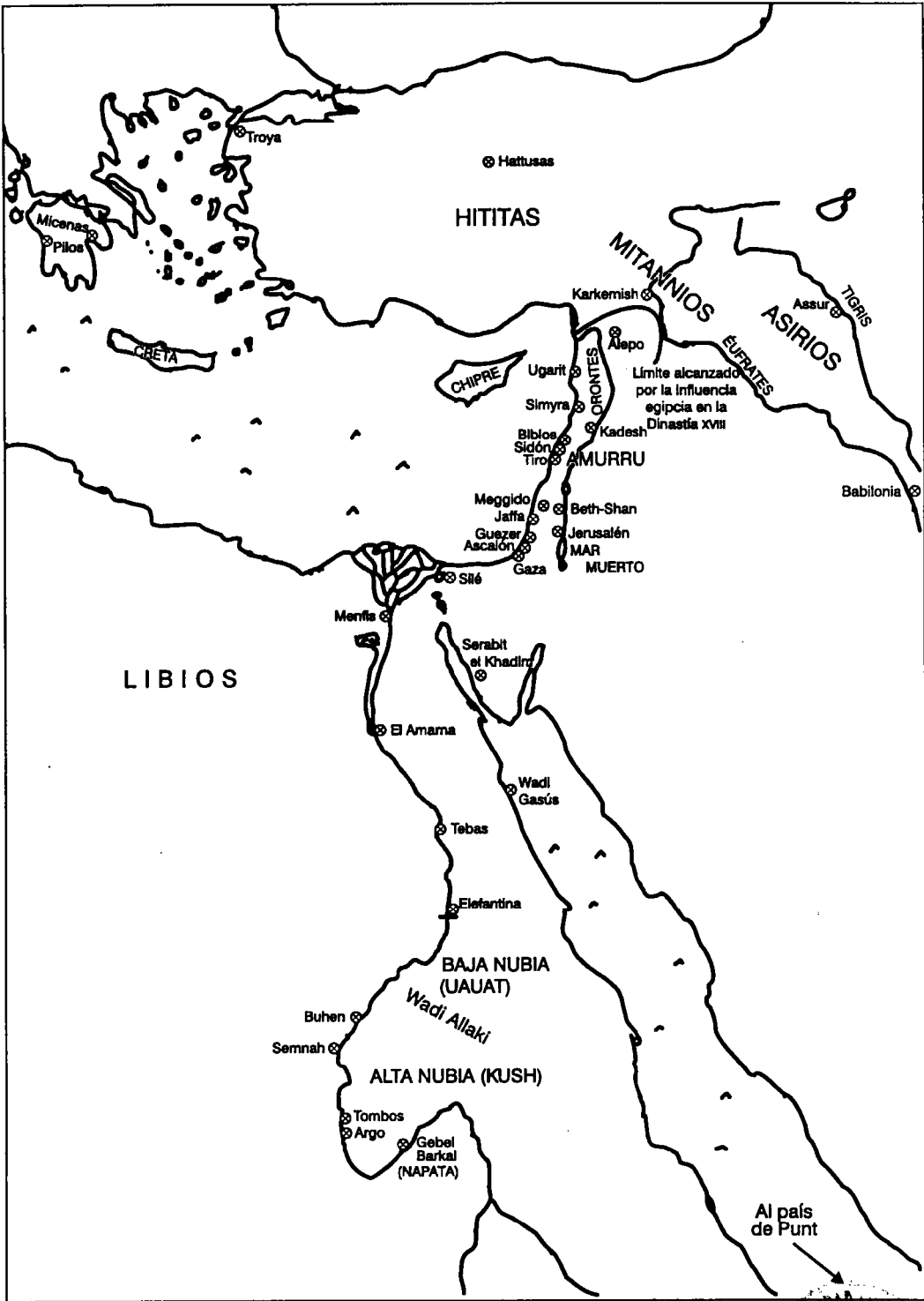
La importancia de la política exterior y la expansión de Egipto más allá de sus fronteras son, como dijimos, los rasgos más característicos del período comprendido entre las Dinastías XVIII y XX. Desde el Orontes, en Siria, hasta la V Catarata, en el corazón de África, la autoridad y la fama de los faraones era conocida y respetada. Se trató de una empresa que pasó por distintas coyunturas, brillantes unas y comprometidas otras, y que en todo caso supuso una importante inversión de recursos humanos y económicos y una elaboración ideológica compleja. El imperialismo egipcio tiene unos tintes religiosos indudables; el dios que había sido aupado a las posiciones más encumbradas del panteón, Amón de Tebas, se convierte en el promotor y adalid de las victorias egipcias en el exterior, que de alguna forma tienen así un tinte de «guerra santa» o de cruzada. Por otro lado, el carisma de la realeza faraónica en el Imperio Nuevo reposa en buena medida en el arquetipo de soberano guerrero, cuya faceta de jefe militar aparece, como veremos, especialmente destacada: el faraón ha de gobernar apoyándose en la «victoria» (*nejet*), sustancialmente unida a su acción y a la obligación de, como dicen los textos contemporáneos, «extender las fronteras». Además, en Egipto, el propio concepto de soberanía implica una autoridad universal: el faraón es delegado del dios solar, y toda la creación es en principio su dominio. De esta forma, la única relación que puede aceptarse de los poderes extranjeros y de los estados del Próximo Oriente es la subordinación y la dependencia. Y de expresar esta idea se cuidan mucho los textos oficiales egipcios, al margen de la realidad diplomática. Es obvio que las razones de índole económica tienen un peso importante, como demuestra el interés por el oro nubio y por los puertos y productos de Siria y Palestina, pero es igualmente cierto que el país se encuentra traspasado por un espíritu en ocasiones exultante ante las continuas victorias de los faraones, lo que promovió un cierto aliento épico general y un inusual interés por la carrera militar. Pero, como dice B. Kemp, de quien tomamos lo sustancial de esta visión, incluso en las Dinastías XVIII y XIX Egipto continuó siendo un país de mayoría campesina (y por tanto, pacífica y no muy dada a la actividad militar) y donde el ideal cortesano, del escriba y buen funcionario, continuaría siendo el favorito de la mayoría de la población (Kemp, 1978, pp. 10-20).

En la vertiente africana, así como Libia era una tierra relativamente pobre e indómita, sin duda será Nubia la «joya de la corona» del imperio egipcio. Se trata de un territorio geográficamente familiar, una prolongación hacia el sur del valle del Nilo egipcio, accesible no sólo remontando el curso fluvial, sino también (con más comodidad y seguridad incluso) por las rutas paralelas de los oasis y los múltiples wadis que atraviesan el desierto. Si agrícolamente Nubia no podía compararse a Egipto, sin embargo las riquezas que atesoraba o que llegaban a través de ella superaban con mucho lo que los faraones podían conseguir de sus dominios asiáticos,

empezando por el célebre oro nubio que, procedente de zonas como wadi Allaki, servía de nervio y motor del esplendor artístico y la prosperidad interior, al tiempo que era el producto por excelencia que animaba la política exterior egipcia cara a Asia. Pero a través de Nubia llegaban también los tradicionales productos africanos, el marfil y el ébano, animales exóticos (monos, aves, fieras), pieles de leopardo, resinas, incienso y otras sustancias aromáticas, plumas y huevos de avestruz, y por supuesto, esclavos negros.

Para la gestión de este inmenso territorio, de tanto valor estratégico y económico, el soberano creó la institución del «Hijo Real de Kush», o virrey de Nubia, uno de los personajes de mayor importancia a lo largo del Imperio Nuevo, cuya especial dignidad y vinculación con el monarca se reflejan en sus títulos de «Hijo Real» (pese a que no era normalmente un familiar del soberano), «Supervisor de las Tierras del Sur» o de «Flabellífero a la Derecha del Soberano». Se trataba frecuentemente de notables que anteriormente habían estado ligados al servicio directo personal del monarca, que de este modo aseguraba una elección adecuada. También es significativo que sólo en contados casos el puesto se transmite de padre a hijo. Bajo la autoridad del virrey se encontraba no sólo Nubia, sino también, a partir de finales de la Dinastía XVIII posiblemente, parte de las zonas mineras y de canteras del Alto Egipto. Este importante ministro estaba ayudado por dos subgobernadores, que respectivamente tenían a su cargo la Baja y Alta Nubia (Uauat y Kush). El eficaz gobierno quedaba asegurado por un ejército de funcionarios y escribas, organizados en departamentos imitados en buena medida de la propia administración de Egipto, esparcidos por todo el territorio, aunque especialmente concentrados en Faras, Aniba, Soleb o Amara. Aunque el Hijo Real de Kush podía llevar a cabo empresas de tipo militar, su actividad fundamental era civil y tributaria. Para el control y seguridad de la zona estaba en principio un «Comandante del Ejército de Kush», que coordinaba especialmente un complejo y sofisticado sistema de patrullas y guarniciones.

El poblamiento de la Nubia egipcia se puede reconstruir en cierta medida a través de la distribución de los grandes santuarios que construyen los faraones de las Dinastías XVIII a la XX. Es posible que en torno a estos templos (y a las capitales antes mencionadas) se articulara una cierta política de colonización y asentamiento que no tiene parangón en el territorio asiático de Egipto. Sobre todo en Uauat, la Baja Nubia, la mezcla de población es un elemento característico, dando como resultado un fondo étnico nubio-egipcio dependiente culturalmente de la metrópolis. Es bien conocido que Egipto basa su control en Nubia en la sumisión y colaboración de jefes o príncipes indígenas altamente egipcianizados, cuyos hijos incluso eran enviados a Egipto y criados en la corte, en franca analogía a algunos sistemas coloniales modernos. Así, la veneración y el culto a dioses egipcios en Nubia es sumamente común. Por otra parte, como justamente se ha señalado, la explotación económica animó un comercio interior nubio importante que pudo ser una de las claves del desarrollo y de la prosperidad local. Solamente a finales del Imperio Nuevo, al hilo de los problemas por los que atraviesa Egipto, y que se agudizarán en lo que llamamos Tercer Período Intermedio, se produce un despoblamiento de la Baja Nubia, que quedará separada de Egipto, y que sólo se superará tras varios siglos de intervalo.



Mapa 5. Egipto y el Próximo Oriente durante el Imperio Nuevo



Muy diferente naturaleza y función tiene el imperio egipcio en Asia, que nunca sobrepasará los límites de la franja sirio-palestina, centrado sobre todo en la parte meridional (no más al norte de Kadesh o Ugarit). Junto con las obvias motivaciones económicas, son razones de índole diplomática y estratégicas las que mueven a Egipto a establecer y mantener su dominio asiático. A partir de la expulsión de los hiksos, Egipto entra de lleno en el juego de las relaciones entre los estados y potencias del Próximo Oriente asiático, amplio espacio abierto donde los conflictos fronterizos y las pugnas por delimitar zonas de influencia constituyen una constante histórica desde el III milenio a.C. Los faraones se incorporan a este complejo escenario histórico precisamente en una de las zonas más disputadas e inestables, Siria-Palestina, donde entran en contacto directo o indirecto con mitanios, babilonios, hititas y asirios.

Conocemos de forma privilegiada el papel de Egipto en Asia gracias a las fuentes propagandísticas centradas en el faraón (por ejemplo, los «Anales» de Tutmosis III), los documentos contemporáneos asiáticos y, sobre todo, por el afortunado descubrimiento del archivo de Tell el Amarna. Se trata de varios centenares de tablillas de arcilla escritas casi todas en caracteres cuneiformes en la lengua diplomática de la época, una especie de acadio internacional, que contienen la correspondencia entre la corte egipcia, los grandes estados asiáticos y los principados sirio-palestinos desde Amenofis III al final del período de Amarna. La fortuna de su conservación se debe a que la efímera capital de Ajenaton fue, como vimos, abandonada poco después de su muerte, trasladándose la corte, quizás de forma apresurada, dejando atrás cosas que no se consideraron imprescindibles, entre ellas el conjunto documental citado, posiblemente preservado también en copias en papiro, más propias de las costumbres egipcias y fáciles de transportar.

En estos documentos se aprecia claramente que todo el territorio entre el Sinaí y el Éufrates es un mosaico de ciudades independientes y de pequeños reinos o principados que están continuamente oscilando entre la fidelidad a Egipto y la presión de los grandes poderes que sucesivamente competirán con éste por el control de la zona (especialmente Mitanni, primero, y el Imperio Hitita, después). Se trata de una zona de antiquísima tradición cultural y fuertemente poblada, continuamente sometida a las idas y venidas de grupos nómadas o seminómadas que parecen salir de la inagotable reserva de los desiertos y estepas que conducen a Mesopotamia y al corazón de la península Arábiga. No encontraremos aquí la asimilación cultural y la colonización que vimos en Nubia, ni tampoco el establecimiento de una rígida administración. Por el contrario, el poder egipcio aceptó el *statu quo*, manteniendo en su poder normalmente a los príncipes o dinastas locales a los que se les exigía el preceptivo juramento de fidelidad y, por supuesto, que cumplieran puntualmente la obligación de entregar tributos. La presencia egipcia se manifestaba fundamentalmente en forma de periódicas paradas militares o de auténticas campañas guerreras que realizaba el ejército, muchas veces con el faraón al frente. Además de ello había guarniciones en puntos estratégicos y «comisionados» (*uputy*), que también podían ser asiáticos y que actuaban como representantes de los intereses y de la autoridad del soberano. Era obligación de éstos el garantizar la recaudación y envío de los impuestos y tributos debidos a Egipto y, de forma especial y sin duda delicada, mediar en las continuas disputas y trifulcas entre los príncipes locales.

Centros importantes de la presencia egipcia debieron ser Gaza, Jaffa, en la costa, y más en el interior, puntos como Beth-Shan, en el valle del río Jordán (Albright). Algunos autores proponen la división en tres zonas (por no llamarlas provincias, lo que sería inadecuado): Amurru y Upe, en Siria, y Canaán, que comprendería buena parte de Fenicia y Palestina. Biblos, Tiro, Sidón, Symira, Meggido, Gezer o Jerusalén serían ciudades que se incluían en estos dominios y que, incluso en ausencia de presiones mitanias o hititas, daban continuos quebraderos de cabezas a los representantes egipcios y al faraón. Las disputas y rivalidades entre los distintos príncipes y ciudades es constante, o al menos es esa la impresión que extraemos de las cartas de Amarna. Se trata, no lo olvidemos, de una zona abierta y tradicionalmente inestable, no integrada en su totalidad en la estructura urbana o de ciudades estados tan típica de Mesopotamia. Abundan, por el contrario, etnias y grupos nómadas o en vías de sedentarización, problemáticos siempre en cuanto a su control y subordinación, con distintas denominaciones, como los Shasi o Hapiru, en los cuales algunos han querido ver el antecedente de los hebreos, que están justamente conformando su identidad en Palestina durante el Imperio Nuevo, la época en la que se sitúa hoy día el Éxodo.

VII.3 LA CULTURA EGIPCIA DURANTE EL IMPERIO NUEVO

VII.3.1. El faraón y el gobierno del país

Durante las Dinastías XVIII a XX la figura del faraón se adecua perfectamente a la tradición egipcia, acuñada desde hacía ya siglos. Los faraones de este período se inspiran en modelos del pasado, especialmente de la Dinastía XII, culminación de un Imperio Medio que adquiere ahora su valor de época clásica y dorada con la que se quiere entroncar, olvidando el paréntesis tabú de los hiksos. La obra y la imagen de soberanos como Mentuhotep II o Sesostri III son piedra de toque para la nueva y revigorizada monarquía. La divinidad del soberano, inseparable de la concepción egipcia de la realeza, es continuamente reforzada y reafirmada, con la celebración, por ejemplo, de la Fiesta Sed, ritual que incluso recibió modificaciones, en principio para devolverle su forma original, y por lo tanto perfecta y eficiente (Amenofis III); fue el soporte básico del culto y veneración que algunos soberanos llegan a recibir en vida (el propio Amenofis III o Ramsés II).

Por otra parte, hay una gran insistencia, sobre todo durante la Dinastía XVIII, en la filiación divina y el origen maravilloso del faraón, engendrado por el propio dios (Amón o Amón-Ra), que, asumiendo la forma y aspecto del soberano reinante, fecunda a la reina y es entendido como el auténtico padre (y legitimador) del sucesor al trono. De ahí el epíteto de «Toro de su Madre» (*Ka-Mut-ef*), con que a veces se refieren a él los textos. Templos como el de Hatshepsut en Deir el Bahari ofrecen una detallada relación en palabra e imagen de esos amores divinos que garantizaban la estirpe sobrenatural en el trono de los faraones. Sin duda la cuestión de la legitimidad y el asegurar la sucesión correcta fue una de las grandes cuestiones que envuelven a la realeza egipcia del Imperio Nuevo. Posiblemente con ello esté relacionado la popularización de la corona Azul como tocado de los soberanos reinantes, cuando en principio parece ser un gorro o bonete relacionado con la figura del heredero. De acuerdo con la evolución general reli-

giosa del período, el soberano se relaciona especialmente con la divinidad solar, de la que recibe epítetos y atributos; de ahí la importancia creciente que tiene la zona de Menfis, con el gran centro del culto solar de Guizah (Re-Harajty), y la ciudad santa de Heliópolis; serán lugares favoritos de residencia de los soberanos, sedes de la formación y educación de los príncipes herederos o aspirantes al trono.

La imagen del soberano del Imperio Nuevo aparece ciertamente influida por el tono imperialista y guerrero de la época. El monarca es presentado en el arte, en la iconografía y en los textos ante todo como un guerrero, general y estratega inigualable (basta señalar los célebres episodios, ya mencionados, de la toma de Meggido por Tutmosis III o la batalla de Kadesh de Ramsés II), no escatimándose detalles de dureza o incluso de crueldad que nos recuerdan en ocasiones las crudas descripciones de las hazañas de otros típicos soberanos guerreros del Oriente antiguo, como los asirios o los hititas. Al hilo de esta corriente, se recuerdan y celebran las cualidades físicas y deportivas del faraón, que aparece como un atleta y como un héroe de una potencia sobrehumana; también entra en juego un cierto espíritu épico o caballeresco (el caballo está presente en Egipto, no lo olvidemos, a partir de finales del Segundo Período Intermedio). Fueron famosos los éxitos cinegéticos de Tutmosis III y Amenofis III (conmemorados en series de escarabeos de gran tamaño y valor), así como las hazañas guerreras de Ramsés II. Pero quizás sea Amenofis II el mejor exponente de esta imagen: gran jinete y auriga particularmente devoto del cuidado de sus caballos, excelente arquero, era capaz de atravesar con sus flechas gruesas láminas de bronce y de probar personalmente los arcos que irán destinados a sus soldados; también se le atribuía una gran habilidad como timonel y remero, cuyas hazañas (se decía) no podían ser superadas por nadie y suscitaban la admiración de todos.

Junto a esto, sin embargo, los soberanos de esta época siguen atendiendo a la función litúrgica o sacerdotal inseparable de la realeza egipcia. Así, uno de los más grandes guerreros del período, Seti I, se hace representar en el magnífico templo de Abidos atendiendo a los cultos y rituales preceptivos, en un conjunto artístico y cultural que hoy día es considerado uno de los documentos más apreciados para reconstruir la actividad sacerdotal en los templos egipcios. Tampoco queda fuera de la imagen del faraón de esta época el ejercer de ilustrados protectores de las artes y las letras, interesados en literatura, como Tutmosis III, o en las propias normas iconográficas, como Ajenaton.

Por debajo del soberano se encuentra una estructura administrativa bastante compleja y que parece caracterizada por una fuerte centralización. El gobierno y la burocracia siguen marcados por la figura del escriba, y si bien los más altos puestos acusan un control muy acusado por parte de familiares cercanos del soberano o de determinadas potentes familias que pueden perpetuarse por generaciones, en los niveles medios e inferiores hay una relativa movilidad y posibilidades de promoción, todo ello al hilo de la favorable coyuntura por la que atraviesa el país. En efecto las riquezas provenientes del imperio asiático, y sobre todo de Nubia, unidas a los propios recursos naturales de Egipto, mantienen florecientemente a este conjunto de cortesanos y secretarios, escribas y artesanos, dependientes en definitiva de la administración central.

Al frente de ella se encuentra la ya tradicional figura del Visir. El puesto se ha dividido, contando con dos titulares, uno que reside en Menfis-Heliópolis, ocupado del Bajo y Medio Egipto y de las relaciones con Asia, y otro residente en Tebas, el mejor conocido y que quizás se beneficiaría de la mayor proximidad al soberano, al menos durante la Dinastía XVIII. El Visir es la cabeza del gobierno, supervisa e inspecciona en nombre del soberano, con el que se supone que despacha cada mañana, y de quien en ocasiones aparece como una auténtico *alter ego* o sustituto; especialmente está relacionado, como es tradición en este puesto, con la gestión de la justicia; pero también es el responsable en general de la buena marcha de la administración, y sus competencias son en este sentido muy amplias; se encuentra ayudado por un conjunto de escribas y de heraldos o emisarios que garantizan que esté bien informado y que sus órdenes se difundan. Además, el Visir tiene bajo su responsabilidad la ciudad real (*per-nesu*), incluyendo el propio palacio, en colaboración quizás con el Director del Tesoro. Éste es otro importante funcionario, a cuyo cargo queda la oficina del Tesoro (o Hacienda). Otros altos cargos son el Director del Granero, el Superior de los Ganados, o el Escriba de Los Campos del Señor de las Dos Tierras, este último al frente de un departamento de tipo catastral que ha de velar por el establecimiento de límites y la parcelación de propiedades, cuestión siempre importante que había que rehacer todos los años tras la retirada de las aguas del Nilo. El Mayordomo Mayor del Rey gestionaba las inmensas posesiones reales, extendidas por todo Egipto. Otros cortesanos ostentaban títulos más honoríficos que no obstante podían suponer un reconocimiento de poder y status del titular, como el «Flabellífero a la Derecha del Soberano».

La administración local se parcelaba en distritos y ciudades, a cuyo frente había un gobernador o corregidor, cuyas responsabilidades más aparentes eran las cuestiones tributarias y el mantenimiento de los templos y santuarios. A nivel local tienen una importante función los consejos llamados *Kenebet*, que dirimen las cuestiones y litigios que enfrentan a los aldeanos y entienden en cuestiones de justicia menor y cotidiana, aunque posiblemente sean así mismo órganos de control y de presión de las elites locales y provinciales. También los templos desempeñan un importantísimo papel en la estructuración administrativa interna y en la explotación del país. En particular hay que destacar los grandes santuarios, como el de Ptah de Menfis, el de Ra en Heliópolis o el de Amón de Tebas. Este último llegó a controlar más de 1/3 de las tierras cultivables y 1/5 de la población total del país a finales del s. XII a.C., y funcionaba, como se ha destacado justamente, como un auténtico departamento de la administración central. No olvidemos que Amón de Tebas fue el adalid divino de la expulsión de los hiksos y de la formación del imperio, y que en su asimilación solar (Amón-Re) desempeña un papel sin parangón en el dogma de la realeza divina. Al frente de lo que se dio en llamar el «Dominio de Amón» se encontraba el Primer Profeta (o Sumo Sacerdote), que por supuesto llegó a tener una importancia política tremenda, así como un amplio control social y económico. Por debajo se situaba el 2º, 3º y 4º Profeta, además de toda una serie de puestos de tipo administrativo, funcional y escribal, que hacían de la estructura forjada en torno a Amón de Tebas una especie de «estado dentro del estado» (Mayordomo de Amón, Mayordomo de la Barca del dios –Amón–, Superior de los Ganados de Amón, Superior de los Campos de Amón, de los Jardines de Amón, etc.).

VII.3.2. El ejército y la actividad militar

La personalidad histórica del Imperio Nuevo, tan volcada en la política exterior y en la edificación y mantenimiento de un imperio, impuso necesariamente un mayor peso del ejército en Egipto. Surge con fuerza la figura del soldado de carrera, del militar de profesión y de tradición, pues en muchas ocasiones el oficio se transmite de padres a hijos como si de una casta se tratara. Buen ejemplo de ello es la biografía de Ahmosis, hijo de Abana, a caballo entre fines del Segundo Período Intermedio y los inicios de la Dinastía XVIII, cuyo padre fue ya un oficial de Sekenenre Taa II, y que tras haber participado en la expulsión de los hiksos y la toma de Avaris y Saruhen, sirve en las campañas de los sucesivos soberanos hasta Tutmosis I. También es típica la carrera de Amenemheb, noble personaje que se dedicó a la milicia alcanzando una sólida reputación y prestigio como compañero de armas del propio Tutmosis III.

No cabe duda de que el ejército creció en número a lo largo del Imperio Nuevo. Se trataba en buena medida de tropas permanentes, profesionales, cuyas funciones no sólo consistían en la guerra, sino también en labores de guarnición y vigilancia, así como, si se requería, en participar en las obras públicas y en la actividad edilicia. Además hay todo un cuerpo de burócratas y administradores (escribas) adscritos a la milicia y encargados del reclutamiento, del mantenimiento y de la logística. La tropa estaba dividida en una serie de unidades o divisiones, auténticos cuerpos de ejército, que solían colocarse bajo la advocación de alguna de las grandes divinidades del país (Amón, Ra, Ptah, o, en la Época Ramésida, Seth), y a cuyo mando se encontraba un «jefe de la tropa» (*imy-er-mesha*) o general, auxiliado por un ayudante (*idenu*) o subcomandante. Por debajo se encontraban los comandantes de batallón, los portaestandartes, los capitanes de las distintas secciones, etc.. Era muy importante la sección de caballería, o mejor dicho de los carros, que suponen una novedad en esta época y que sin duda alguna se convierten en la pieza clave del ejército y de la estrategia en el combate. El carro de guerra de la época, tirado por dos caballos, no se utilizaba sin embargo exactamente para combatir: su dotación estaba compuesta por un auriga, un arquero y en algunas ocasiones un soldado de infantería que podía descender para luchar; su misión ante todo era romper la formación cerrada de la infantería enemiga, creando confusión y muerte, perseguir al enemigo en desbandada y servir para misiones de desplazamiento. La importancia de esta arma se aprecia en la influencia y poder de los altos funcionarios encargados de los establos y de las cuadras reales, función que en ocasiones quedaba a cargo del propio príncipe heredero.

Otras novedades en cuanto al armamento son el arco compuesto, de origen asiático, mucho más potente que el sencillo y convencional, así como espadas, hachas y cimitarras de bronce, que ahora se confeccionan con más entidad y peso, siendo más eficientes en el combate. Las tácticas de conquista de ciudades se sofisticaron, con sistemas para minar las murallas, túneles para franquearlas, o los tradicionales sistemas de escalas, aunque dadas las dificultades inherentes de tomar una ciudad al asalto y el gasto humano que implicaba, el sistema de asedio, para rendir por hambre y sed, fue el empleado con preferencia. La flota estaba bien dotada y cuidada, como no podía ser menos en un país tan dependiente del río como Egipto, con una base central cerca de Menfis; fundamentalmente se usaban los bar-

cos de guerra para el transporte de tropas (función ya bien constatada, por ejemplo, en las campañas de Kamosis contra los hiksos), y no tenemos constancia de auténticos combates navales hasta la célebre guerra contra los Pueblos del Mar de época de Ramsés III.

Los triunfos en la vida militar solían premiarse con lo que se llamaba el «Oro del Valor», condecoración pública que conllevaba la entrega de cantidades importantes de metal precioso; otra forma de recompensa consistía en entregar parte del botín, prisioneros como esclavos por ejemplo, e igualmente lotes de tierras, lo que permitió la creación de colonias agrarias de veteranos a las que siempre se podía recurrir para nuevas reclutas. Sin embargo, la tendencia a lo largo del Imperio Nuevo fue que se incrementara el número de extranjeros y de mercenarios en el ejército, a veces incluso grupos enteros de prisioneros (destacan los famosos *shardana*, encuadrados desde Ramsés II, los nubios y especialmente los libios), lo que a la larga traerá negativas consecuencias sociales y políticas. Para la vigilancia interna o de control fronterizo se contaba con un cuerpo especial de policía o de vigilancia, muy móvil, también compuesto fundamentalmente por mercenarios, llamados *Medjai*.

VII.3.3. Religión y arte

Como hemos dicho, el Imperio Nuevo tuvo en el triunfo de Amón el fenómeno quizás más destacado desde una perspectiva político-religiosa. Protector de la realeza faraónica, patrono de la constitución del Imperio, se benefició además económicamente, hasta el punto de que el «Dominio de Amón», como dijimos, se convierte en uno de los grandes controladores de la riqueza del país. Amón quedará asimilado al tradicional dios solar supremo del panteón, apareciendo como Amón-Ra y generándose en torno a su personalidad divina una versión propia del origen del mundo y del orden del Universo (cosmogonía), en la que desempeña un papel central. Familiarmente unidos a él se encuentra la diosa Mut, su esposa, que por su parte encarna (como su nombre indica) el papel de madre por excelencia, y su hijo Khonsu, antiguo dios lunar de la zona tebana, que se incorpora en un característico papel de dios guerrero. Los sacerdotes van adquiriendo cada vez más una personalidad social propia, conformando junto con los militares uno de los tipos más particulares e influyentes del Imperio Nuevo, especialmente el clero de Amón, hasta el punto de controlar prácticamente la parte meridional del país a fines de la Dinastía XX.

Por otra parte, el período comprendido entre las Dinastías XVIII y XX contempla una revigorización del culto solar, bien reflejado en la preferencia que los soberanos tienen por la zona menfita y los beneficios de que dotan a los santuarios heliopolitanos (recogidos en el Papiro Harris I). Basta asomarse a la literatura funeraria de la época: junto a la tradicional divinidad de los difuntos (Osiris) aparece Ra como el garante de la vida eterna y de la resurrección más allá de la muerte. En esta línea están compuestas las grandes colecciones de textos conocidos por los títulos de *Libro de las Puertas*, *Libro de las Cavernas*, *Libro del Am-Duat* (literalmente «lo que está en el más allá»), etc. También, por supuesto, en el Imperio Nuevo se codifica la más popular de todas las obras funerarias egipcias, el *Libro de los Muertos*, en la tradición de los grandes conjuntos funerarios de épocas anteriores (*Textos de las Pirámides*, *Textos de los Sarcófagos*). Por otra parte, la apertura de Egipto al exterior

y el carácter cosmopolita de la sociedad de este período se traducen en la introducción de dioses y cultos nuevos, fundamentalmente procedentes de Siria y Palestina, como Astarté (convenientemente asimilada a Hathor), Reshep o Anat. Menfis y Pi-Ramsés actuarán como convenientes intermediarios que servirán para instalar los nuevos cultos. Además, el Imperio Nuevo es el marco en el que aparece, como vimos, una nueva sensibilidad religiosa, que se refleja en el desarrollo de la piedad personal, una forma de entender la relación entre el hombre y los dioses más íntima, y que tendrá gran pervivencia a lo largo de la historia egipcia.

En el campo de la escritura y de la literatura, aparece el neoejipcio, etapa de desarrollo de la lengua egipcia que tiene identidad propia y que, hablada ya desde el Segundo Período Intermedio quizás, comienza a ponerse por escrito a mediados de la Dinastía XVIII. Será la gran lengua de la administración, de los registros y de los documentos de la vida cotidiana (en escritura hierática especialmente), pero también se eleva al rango de instrumento de creación literaria, produciendo obras que figuran entre las más destacadas de la literatura egipcia. Así, en el contexto de la literatura sapiencial destacan la *Sabiduría de Any* y la *de Amenemope*; en la narrativa merece la pena citar, por ejemplo, *La toma de Joppa*, o *El príncipe predestinado*, que reflejan muy bien el ambiente internacional del Egipto de la época. Hay también otros relatos centrados en el ámbito de lo religioso y que figuran entre las obras maestras del género, como el *Cuento de los dos hermanos* o la *Disputa de Horus y Seth*. Ya hemos hecho mención de la amplísima literatura religiosa (o funeraria) de la época, a la que quizás podamos añadir aquí la himnica, de gran altura, reflejo adecuado de la evolución de las creencias. Aparece un género lírico, centrado en los motivos amorosos, de gran sensibilidad y belleza, quizás influido por modelos asiáticos. Aparte hay una abundantísima y variada producción literaria que va desde los textos de exaltación de la realeza y la figura del faraón (*El poema de la batalla de Kadesh* es un buen ejemplo), pasando por las tradicionales biografías funerarias, hasta las cartas y documentos emanados de la intensa actividad escritural de esta época dorada, con ejercicios, notas, exhortaciones para seguir el oficio de escriba, formularios, etc.

El arte egipcio del Imperio Nuevo es bastante bien conocido, y espectacular en muchos casos, dado que, como hemos dicho, buena parte de los recursos que afluyen con el imperio se dedican a construir en beneficio de los dioses y a mayor gloria del soberano. Los grandes conjuntos templarios de Karnak, Luksor o Abidos son un buen testimonio, pero tampoco hay que olvidar que es la época de utilización y florecimiento del Valle de los Reyes, uno de los más grandes sitios arqueológicos de Egipto. Los faraones de esta época adoptaron además la costumbre de separar su tumba del templo funerario; la primera será una construcción escondida, subterránea y que carecerá de superestructura, pudiendo no obstante alcanzar dimensiones impresionantes y una altísima calidad (por ejemplo en las de Seti I, o Amenofis II), debiendo de estar llenas de ajuares que conformaban auténticos tesoros (como puso en evidencia la tumba de Tutankamón). Hay que destacar los templos funerarios, como el de Hatshepsut en Beir el Bahari, o los magníficos de Ramsés II (el Rameseum) y Ramsés III (Medinet Habu). En consonancia con este brillo irá el desarrollo de las artes iconográficas, los relieves, las pinturas y la estatuaria, que se vieron muy alentadas por los cambios de la época de Amarna, así como lo que pode-

mos llamar «artes menores» la joyería, la orfebrería, la ebanistería, la cerámica y el vidriado, que proporcionan algunos de los objetos más acabados de la larga historia del arte egipcio.

VII.4. BIBLIOGRAFÍA

Para una presentación general del Imperio Nuevo, pueden verse los capítulos correspondientes de la *Cambridge Ancient History*, especialmente, los de Cerny, 1973 y Hayes, 1973, o bien la más reciente obra de Vandersleyen, 1995, muy completa en sus datos. El siempre problemático tema de Ajenaton puede consultarse en las monografías de Aldred, 1988 y Redford, 1984. Para la Época Ramésida, véanse las obras de Kitchen, 1982 y 1995. Un buen tratamiento del imperialismo egipcio de la época se encuentra en Kemp, 1978. Para la Correspondencia de Amarna, véase la introducción general de Albright, 1975.